



*106 Aniversario
del Edificio Escolar*

*REVISTA
CONMEMORATIVA*

OCTUBRE DE 2016



"2016. Año del Centenario de la Instalación del Congreso Constituyente"

CENTENARIA Y BENEMÉRITA ESCUELA NORMAL PARA PROFESORES

Directorio

DIRECCIÓN:

Profra. Ma. Eugenia Hernández Tapia

SUBDIRECCIÓN ACADÉMICA:

Profra. Alicia María Elena Álvarez Vilchis

SUBDIRECCIÓN ADMINISTRATIVA:

Prof. José Mauricio Moreno Cortés

PROMOCIÓN Y DIFUSIÓN DE LA CULTURA:

Profra. Silvia Camacho Quiroz



SELECCIÓN EDITORIAL:

Prof. Miguel Ángel Mercado Becerril

DISEÑO, EDICIÓN E IMPRESIÓN:

Sección de Diseño Gráfico e Impresión:

Profra. Claudia Sánchez Arce

Profra. María del Rosario Chávez Iturbe

FOTOGRAFÍAS:

Prof. Miguel Ángel Mercado Becerril

COLABORADORES:

Profra. Francisca Romero Salgado

Profra. Graciela Gómez Gómez

Mtra. Graciela Santana Benhumea

Lic. Héctor Rodolfo Gutiérrez Becerril

Prof. José Antonio Moreno García

Profra. Josefina Lugo Jaimes

Profra. Juana Rojas Araujo

Profra. Lina Guadalupe Morales González

Profra. Ma. Eugenia Hernández Tapia

Profra. María del Carmen E. Sánchez Jiménez

Profra. María del Carmen Vilchis Montes de Oca

Profra. María Elena Vilchis Montes de Oca

Profra. María Esther Cedillo Monroy

Profra. María Margarita Celis Ayala

Profra. Nancy Martínez Sánchez

Profra. Raquel Yolanda Salgado Barrientos

Prof. Rodolfo Sánchez Arce

Profra. Rosa María Raquel Hernández González

CONTENIDO

- 3 106 Aniversario del Edificio Escolar
- 5 Las reglas de convivencia
- 10 Toda una vida...
- 12 Es un orgullo haber estudiado en la "Normal de Profesores" (1960-1966). Remembranzas
- 13 A mi maestro Carlos Hank González
- 14 Anécdotas
- 15 Escribir sobre la Centenaria y Benemérita Escuela Normal para Profesores es apostarle al futuro
- 18 Se abre un paréntesis...
- 20 Vivencias en mi formación como docente y en el desempeño de mi profesión
- 22 Mi presencia en la Centenaria y Benemérita Escuela Normal para Profesores
- 25 Entrevista a la Centenaria y Benemérita Escuela Normal para Profesores: Generación 1975-1979
- 29 Mi punto de vista
- 31 Mis recuerdos del Internado de la Escuela Normal 2 para Profesoras (1971- 1974)
- 33 Vivencias como alumna normalista en la Centenaria y Benemérita Escuela Normal para Profesores
- 37 Una mirada al pasado
- 39 El abolengo Novohispano de Santiago Enríquez de Rivera (-1911)
- 45 En recuerdo de la profesora María del Refugio Alejandre Tarello, destacada egresada de la Escuela Normal para Profesores de Toluca
- 48 El Colegio Guadalupano



La redacción, así como el contenido, ideas, opiniones y datos expuestos en los artículos, son responsabilidad exclusiva de los autores.

Favor de enviar toda colaboración a los correos
publicacionesenp@hotmail.com
publicacionesenp@gmail.com



SECRETARÍA DE EDUCACIÓN
SUBSECRETARÍA DE EDUCACIÓN BÁSICA Y NORMAL
DIRECCIÓN GENERAL DE EDUCACIÓN NORMAL Y DESARROLLO DOCENTE
SUBDIRECCIÓN DE EDUCACIÓN NORMAL
CENTENARIA Y BENEMÉRITA ESCUELA NORMAL PARA PROFESORES

INDEPENDENCIA OTE. 804, COL. SANTA CLARA, TOLUCA ESTADO DE MÉXICO, C.P. 50090
TELS. (01 722) 2-15-22-02 Y 2-15-28-88 FAX 01 (722) 2-15-21-39
cybenp@edugem.gob.mx http://www.normalprofesores.edomex.gob.mx



106 Aniversario del Edificio Escolar*

La educadora de América por excelencia, Gabriela Mistral, recomendaba: Donde haya un árbol que plantar, plántalo tú./Donde haya un error que enmendar, enmiéndalo tú./Donde haya un esfuerzo que todos esquivan, hazlo tú./Sé tú el que aparta la piedra del camino”. Sabemos que en el origen de las escuelas normales, prevaleció un anhelo de crear similar al que recomendaba Gabriela Mistral, en el sentido de que la patria mexicana, sumida en guerras constantes, nunca perdió esa brújula que le indicaba que la educación era el único rumbo a seguir, si se deseaba lograr una nación más justa y próspera.

En el origen del normalismo en el Estado de México, la Escuela Normal para Profesores nació como parte del Instituto Científico y Literario de Toluca, a partir de su fundación en 1882 residió ahí. Veinticinco años después se ordena la construcción de un edificio acorde a los requerimientos higiénicos y pedagógicos planteados por la Pedagogía existente en el período Porfirista. La construcción del Edificio de la Normal se inició en octubre de 1907, habiéndose empleado en la construcción materiales de primera calidad, asunto del que somos testigo en las actuales tareas de preservación. La escuela entonces de proyectó con capacidad para mil alumnos y tomó el carácter de lo que ahora se denomina “Unidad Pedagógica”, es decir, contenía en su seno a las es-

cuelas de educación básica. Para su avituallamiento, se proveyó al edificio de mobiliario, utilería y una remesa considerable de aparatos para el gabinete de Física, y de ejemplares zoológicos para el Museo de Historia Natural, resguardados en la estantería en la que aún pueden ser contemplados del aula 6. Que este breve recuento del pasado sirva para dar una idea de lo que debió ser la inauguración del Edificio de Independencia, el 27 de septiembre de 1910, durante las Fiestas Conmemorativas del Centenario de la Independencia en el Estado de México. Era un evento largamente esperado, pues que la magnitud de la Normal, y la necesidad de sus servicios, era acuciante, en una época que creía firmemente en el progreso y que avizoraba un futuro mejor y más grande para México.

Según la descripción que hacía entonces el periódico *Artes y Letras*, se ven “en su parte baja, grandes patios, salones especiales para las diversas clases: de Física, de Química, Labores Manuales, Historia Natural y para Párvulos, llenos de luz y ventilación, condiciones que la higiene demanda; baños, gimnasio, dormitorios para internos, comedor, etc. En el mismo edificio, y con una entrada separada, se encuentran las escuelas primaria, superior y elemental, para prácticas de los futuros profesores”.

Desde entonces y hasta ahora, aparte de su labor educativa, la apertura hacia la comunidad

* Discurso pronunciado el 27 de septiembre de 2016, en la

Ceremonia Conmemorativa del 106 Aniversario de la Inauguración del Edificio.



ha estado siempre vigente, en actividades culturales, deportivas y académicas. Asimismo, el edificio, preservado en su integridad, ha sufrido mudanzas en el cometido de sus espacios y rincones. En cada coyuntura histórica, como institución se ha mantenido vigente, respondiendo a las exigencias del sistema educativo mexicano, a las circunstancias sociales y manteniendo sus ideales originarios, que son la formación de docentes como servidores de la patria, con alta responsabilidad y formación académica.

En la actual reforma a la educación, nos estamos preparando, para alcanzar los perfiles idóneos y para brindar el servicio que se espera de una institución de educación superior, tanto en la docencia como en la investigación y la difusión. Asimismo, en lo administrativo pugnamos por la cultura de rendición de cuentas que el pueblo mexicano nos demanda.

Aunque el anuncio de los problemas económicos nos adelanta que el 2017 será un año con serios recortes en lo educativo, esta escuela sabrá hacer frente, con trabajo y tesón, al objetivo de lograr la formación de profesores idóneos para incorporarse al servicio profesional docente, así como buenos bachilleres que aspiren a un trabajo o a seguir estudiando en el nivel superior.

Nos enorgullece decir que en esta escuela formamos hombres y mujeres responsables, dedicados y esforzados, que hacen de cada reto una oportunidad de vida, tal como hace 106 años lo hicieron los primeros alumnos y alumnas que arribaron a estas aulas para aprender lo que la ciencia y el humanismo les brindaba en el naciente siglo XX. Si en aquel entonces estas instalaciones fueron dotadas con el equipo más moderno, las máquinas más sofisticadas y las colecciones naturales más representativas, no es menos cierto que un siglo más tarde, esta escuela continúa a la vanguardia, con las aulas digitales y el equipamiento que permite a nuestra comunidad

mantenerse comunicada con el mundo. Porque esta escuela siempre ha formado estudiantes que se incorporan a la sociedad, como ciudadanos de pleno derecho, con la mejor formación para cumplir sus metas.

Esta escuela también se ocupa de otras labores, como lo es la restauración y el mantenimiento de un edificio que es considerado como un tesoro del catálogo nacional de monumentos históricos de México. Por ello es que actualmente estamos trabajando, con el apoyo de las autoridades, y con el auxilio del Patronato Pro Conservación del Edificio de la Escuela Normal de Profesores, A. C. en su conservación. Se han restaurado las zonas higiénicas del edificio, en particular las del Internado. Asimismo se ha habilitado el aula de docentes, a donde los profesores habrán de realizar las labores propias de las academias y los trabajos colegiados, además de encontrar un sitio exclusivo para revisar trabajos y planeaciones entre clases. De igual forma nos hemos abocado a la construcción de un anexo que se destinará a sala de uso común para estudiantes, donde puedan reunirse para realizar trabajos extraclase y actividades de esparcimiento.

Porque así lo precisa la vida académica de una institución señera como lo es la Centenaria y Benemérita Escuela Normal para Profesores.

A partir de 1910, y a lo largo de estos 106 años desde su inauguración, la Normal para Profesores ha formado maestras y maestros para la atención de la niñez y la juventud mexiquense, un hecho que hoy celebramos y del que nos sentimos particularmente orgullosos.

Porque su eterna consigna fundacional así lo indica: “educar es redimir”, formar para la libertad de ser y de servir.

Gracias.

Profra. Ma. Eugenia Hernández Tapia



Las reglas de convivencia

Raquel Yolanda Salgado Barrientos

Triste aquel que está siempre contra todo formulismo. (Sara Maso. *Normas Sociales*)

Al practicar las reglas de urbanidad nos damos cuenta que no es suficiente conocerlas para lograr que una persona esté bien educada; la educación es algo más profundo que lleva a respetar al otro y a valorar la dignidad del ser humano como creatura espiritual (cuerpo y alma) con tendencia hacia el bien, la verdad y la belleza. La educación no es un conjunto de formas bien aprendidas.

Consiste principalmente en la asimilación de contenidos formativos que inciden en la inteligencia y voluntad de las personas, de tal manera que el individuo modifica su conducta. (Graciela M. de Flores. *El tono humano: origen y manifestaciones*)

Cecilia Escobar Ceballos hereda un manuscrito de un antepasado suyo y hace la versión paleográfica y la introducción de lo que será un libro publicado por la casa editora Porrúa y que se titula *Manuel Orihuela. Consejos a mis hijas: Manual escrito por un padre de familia en vísperas de un nuevo siglo* (2005). Posteriormente, María Teresa Jarquín-Ortega, historiadora y profesora egresada de esta casa de estudios le dedica una amplia reseña bajo el título “El mundo de la modestia y las buenas maneras” (2007). Finalmente en el 2009 tuvimos la oportunidad de escuchar a Cecilia Escobar Ceballos comentando la obra en la Sala "Juan Sebastián Bach", lo que fue una inspiración para mí.

Algo que siempre admiré en mis padres

era el sentido de compensación al trato, porque me recuerda de las buenas maneras su esencia, que es hacer agradable cualquier momento de la vida, de ahí que la verdadera educación se demuestra poniendo límites a los defectos que como seres humanos poseemos para no ser tan desagradables. Eduqué a mis hijas y ahora a mis nietas y probablemente a mis bisnietas precisamente bajo la herencia obstinada de las reglas de convivencia, mismas que mantiene viva la dignidad humana, muchas de ellas aún rigen el destino de nuestra nación y la vida diaria de miles de mexicanos, y son uno de los bienes personales de los mexicanos cuando los servicios que se prestan unos a otros son en beneficio de la comunidad en la que viven.



Del mismo modo recuerdo a mis maestros, a quienes no hay forma de gratificarles por haberme trazado una ruta que me llevó a tener un futuro incomparable. Precisamente de esto viene la intención del presente escrito, que consiste en destacar mediante la acción la extraordinaria utilidad de las reglas de convivencia para conocer la calidad de la educación de una persona, el origen de sus valores y la trascendencia que pueda tener socialmente, siguiendo el axioma de que una mujer o un “hombre bien educado puede olvidar la mayor parte de sus conocimientos pero nunca su educación”.

Mi tío Adrián Ortega Monroy hablaba con gran admiración del primer director de la Escuela Normal, el licenciado Demetrio Hinojosa Mendoza, recordando que era autor de un impreso titulado *La enseñanza moral en la escuela primaria* y terminaba aclarando las valiosas asesorías que este Director le había dado para poder titularse. Yo era muy joven y no me proyectaba en la emotividad que ponía el tío Adrián al relatar el amor que sentía por la Escuela Normal, sobre todo por sus admirados maestros. Después de algún tiempo, exactamente cuando tenía yo 19 años, en 1965, fui comisionada como Directora del Internado de la Normal. Ahí fue cuando entendí de qué me hablaba realmente mi tío: de pronto me hallaba al frente de una institución donde estudiaban, comían, se aseaban, vivían y dormían en cuatro dormitorios, dos centenas de jovencitas de la Normal, y en mis manos estaba su buen desempeño. Nadie puede saber lo que es esto si no lo ha vivido.

Cuando fui encargada del Internado de la Normal tenía la obligación de enseñar reglas de urbanidad, decoro y convivencia a las niñas internas, y aunque era un libro ya muy viejo aún recuerdo la lectura de la “Beneficencia Negativa” del pedagogo mexicano Ezequiel A. Chávez, publicado en 1894, y que es parte de la Síntesis de los principios de moral de Herbert Spencer, quien encabezaba en aquel entonces la filosofía evolucionista, y advertía Ezequiel A. Chávez que debido a la naturaleza de su trabajo se guardaba cualquier opinión personal acerca de los temas tratados.

Este texto de los acervos de la CyBENP aún conserva el sello de propiedad de la “Escuela Normal para Profesoras y de Artes y Oficios, Toluca”, pero lo que viene al caso es un ejemplo de la “Beneficencia Negativa”, que señala las “Restricciones a los elogios” hechos a las jóvenes que carecen de talento, el cual transcribimos por ser sumamente aleccionador:

El mal sistema de educación presente hace que se enseñe música a las señoritas que no tienen aptitudes, y que se moleste así al profesor, a los vecinos y a las visitas obligadas a oír; la beneficencia negativa ordena, para corregir todos esos males, que no se elogie a las ejecutantes y por lo mismo que no se les adule hipócritamente. (Ezequiel A. Chávez, 1894, p. 132).

Una educación frívola de esta índole siempre conlleva el fracaso de la mujer, y lo digo a título personal porque mi nieta Isabella estudia en estos momentos piano a cargo del profesor Juan Carlos Avilés Bedolla, y siempre estoy al pendiente de que la niña lo haga bien, y si no puede que se dedique a otra cosa.



Todo esto lo aprendí y lo transmití a las internas de la Normal.

Para algunos todo esto ha sonado chocante y aburrido, pero estando de Directora de la Normal Carlotita Camacho, para ella y para las estudiantes que yo vigilaba en el Internado, las reglas de convivencia y urbanidad eran de suma importancia porque se esperaba que en la escuela se ligara todo lo que se dijera a las circunstancias del momento histórico concreto que las estudiantes vivían, y que fuera útil lo mismo para triunfar social y profesionalmente como en lo psicológico, en aquel entonces constantemente recibimos la visita de la profesora Eva Sámano de López Mateos y en ella todo era glamur y buen trato, Carlotita no era menos.

Podemos afirmar que sin una dictadura de la educación no hay nada que hacer, pero hablamos de una dictadura sincera y no una disciplina castrante. Sin un aparato rígido no tiene futuro un proyecto tan enorme como lo es siempre la labor educativa. Posteriormente mi hijo Alfonso entró a la marina y como buen soldado me sorprendía su disciplina y su corrección al trato. En esto de la urbanidad la milicia siempre ha ido más lejos pretendiendo “desenmascarar a los falsos revolucionarios” y así el escritor Cravioto señala como contrarios “de la Revolución... [a] los enemigos ignorantes y torpes que no procuran su elevación moral e intelectual para hacerse dignos revolucionarios” (Cravioto, 1937; p. 15), y si bien las faltas al trato social no ameritaban para ser fusilado, sí para ser duramente disciplinado, algo parecido sucedía en la Normal

pero con más sutileza.

Por mi parte puedo asegurar que Cravioto seguía fielmente el *Manual de urbanidad y buenas maneras*, de Manuel Antonio Carreño, palabras más palabras menos, en varios aspectos del trato social dice exactamente lo mismo. No dudemos que precisamente Cravioto se inspirara en el famoso Carreño, criollo elegante de origen venezolano pero caballero hispano por educación, nacido en 1812 y fallecido en 1874, del quien decir su nombre hasta el día de hoy es sinónimo de ser bien educado y cortés, ya que por la singularidad de su obra, su visión exhaustiva de la urbanidad y buenas maneras del comportamiento humano, y sus enormes implicaciones dentro de la cultura de nuestros pueblos, mereció ser declarado libro de texto para las escuelas públicas en diversos países hispanoamericanos.

La investigadora Elsa Muñiz en “Lo simbólico corporal en el discurso de las buenas maneras” refiere la importancia e influencia que tuvo en el siglo pasado sobre los años veinte en México el reconocido *Manual de urbanidad y buenas maneras* de Manuel Antonio Carreño (aunque la aparición del mismo en el país data de 1897), destaca su papel sobre todo en la educación formal impartida por el Estado, la sociedad, la familia y aún más, la religión, en cuatro aspectos “la concepción del sexo, la sexualidad, la salud y la higiene mental” (Muñiz, 1997, p. 132).

Como todo buen manual, aprendido el discurso y las técnicas, éstas perduraron y trascendieron porque eran una buena forma de



control y termómetro del funcionamiento de la convivencia social, por dos razones de peso, una porque veladamente educar tenía y tiene demasiada guía moral, o, en caso contrario porque las personas no pueden carecer de los mínimos parámetros que guíen su voluntad y su comportamiento social, la traigo a colación porque esto se enseñaba en el Internado.

Y ya tenemos que Muñiz (1997) rescata de la influencia de Carreño eso de que debemos asear el alma lo mismo que asear el cuerpo antes de entrar a la cama, o eso de que para aplicarse en el conocimiento “la higiene mental es la base de toda la higiene”, o qué horroroso es dormir desnudos y ser descubiertos en poses inadecuadas, o qué repugnantes son las muestras excesivas de cariño que algunos se prodigan en público incluso más estando casados.

En el Internado hubo una época en que a nosotras, a las que tocó ser encargadas de tantas generaciones de niñas, les enseñamos todo esto. Al egresar como maestras seguíamos reuniéndonos en restaurantes y cafés y aún teníamos que presumir y hacer gala de esa urbanidad que tanto ha distinguido a las normalistas. Las reglas para la convivencia sólo funcionan cuando el contexto de éstas está bastante claro formando parte de la identidad de la escuela, y si no está claro no hay de qué preocuparse, porque las escuelas mexicanas están tan lejos del decaimiento de la convivencia humana que realmente la pérdida de las buenas costumbres y de las mejores tradiciones de la humanidad se vislumbra como

algo remoto dentro de sus aulas.

En términos escolares los reglamentos decimonónicos, de principios del siglo XX y hasta la fecha, no cambian en la interminable lista de recomendaciones, imponiendo límites a las acciones de los y las estudiantes, pero que lo que se intenta hacer con ellos, es hacer seres humanos más completos, que es uno de los acontecimientos más difíciles de llevar a cabo por la escuela. Los manuales de urbanidad y cortesía en una sociedad que no pone en práctica sus contenidos, se llegan a constituir en grandes anécdotas de interés general que hacen de su estudio algo trivial, pero al enseñarnos en la escuela a actuar comprometidos con la sociedad, el estudio de las reglas de urbanidad se convierte en reglas para todos, a las que no vale la pena resistirse.

Pero muchas veces los y las jóvenes de ahora se preguntan y, bueno, ¿cuál es el sentido de la urbanidad que practicaron nuestros abuelos? Para los y las que nos educamos en la Escuela Normal sobran las bondades formativas de la escuela y del hogar más muchísima moral, pero sobre todo las mayores ganas de vivir bien y en paz con nuestros semejantes, como antaño lo hicieran nuestros abuelos.

Nos replanteamos en estos momentos las ideologías por las cuales se reúnen ahora los adolescentes, porque lejos de la vigilancia paterna sale a relucir entre ellos la fraternidad y el amiguismo, sí, pero también la soberbia, el atrevimiento, la altanería, la mala educación (eructos, gritos, flatulencias, ademanes, empujones, etcétera) con la disculpa de que



“la juventud es siempre sincera”. Pienso que a esto no se le podría llamar “sinceramente” sociedad, es una simple aglomeración de seres donde las relaciones se van haciendo poco a poco desagradables, estresantes y difíciles.

Concluyo diciendo que si desde la más temprana edad los niños van aprendiendo las reglas de convivencia y las ponen en práctica su vida, será más fácil, más adelante. se ha dicho que es muy difícil ser joven cuando debería ser al contrario, claro, practicando la higiene personal, la educación, y un buen comportamiento dentro de casa y fuera de ésta, sin embargo la juventud es atrevida y éste es el origen de sus angustias y pesares.

La diferencia entre un amontonamiento de jóvenes y lo que se conoce como sociedad es algo más complejo, que consiste del respeto al prójimo, el reconocimiento de que todos tenemos derechos y obligaciones, también reside en ser amables con los otros practicando los buenos modos de la convivencia y de la solidaridad humana. Precisamente existe un momento para evaluar el comportamiento social de los jóvenes y es justamente cuando la sinceridad sale a relucir al momento en que ellos valoran un servicio que se les hace para hacer de sus vidas algo más grato. ☺

Bibliografía recomendada

- Argyle, Michael (1980). *Tú y los demás: formas de comunicación*. México: Harla.
- Bayard, Emilio [s. f.]. *El arte del buen gusto*. París: Garnier Hermanos.
- Carreño, Manuel Antonio (1983). *Manual de urbanidad y buenas maneras para uso de la juventud de ambos sexos...* México: Editorial Patria.

- Carreño, Manuel Antonio [s. f.]. *Manual de urbanidad y buenas maneras de consulta indispensable para niños, jóvenes y adultos*. USA: Editorial América.
- Chartrette, Annie (1979). *Urbanidad moderna en diez lecciones*. México: Editorial Diana.
- Chávez, Ezequiel A. (1894). *Síntesis de los principios de moral de Herbert Spencer*. México: Oficina Tipográfica de la Secretaría de Fomento.
- Cravioto, Adrián (1937). *Urbanidad y cortesía militares*. México: Editorial “Cultura”.
- Escobar Ceballos, Cecilia (2005). *Manuel Orihuela. Consejos a mis hijas: Manual escrito por un padre de familia en vísperas de un nuevo siglo*. México: Porrúa.
- Flores, Graciela M. d. (1992). *El tono humano: origen y manifestaciones*. México: Escuela Superior de Administración de Instituciones.
- García Bailón, Pilar (1977). *Urbanidad, personalidad, buenos modales*, México: Editorial Época.
- Hardmann, Isabel (1996). *Sobre regalos y buenas maneras*, México: Libsa-Océano.
- Jarquín-Ortega, Teresa (enero-abril 2007). “El mundo de la modestia y las buenas maneras” en *Economía, Sociedad y Territorio*. VI (23). 849-858.
- Lazo Peña Alfaro, Jorge (1968). *Manual de buenas costumbres: (Ética práctica)*. México, Monterrey, Nuevo León: Impresiones S.A.
- Magaña de Ochoa, Matilde (1970). *Vivir y convivir pequeños grandes detalles*. México, Guadalajara: Editora Cultural y Educativa.
- Manual de urbanidad para niños*. (2005). México: Editorial Época.
- Maso, Sara. (1972). *Normas sociales*. México: Bruguera.
- Muñiz, Elsa (1997). *Lo simbólico corporal en el discurso de las buenas maneras en Tiempo y significados*. México: Plaza y Valdés.
- Odiaga, Paulina (1989). *Conocer la urbanidad: higiene-comportamiento en sociedad*. España: Europa-Ediexport.
- Oheim, G. (1972). *Tu vida social*. México: Daimon.
- Sistema de Bancos de Comercio (1966). *El trato personal*. México: SBC.



Fiesta de egresión en la Escuela Normal para Profesores.



Toda una vida...

Graciela Gómez Gómez

La Escuela Normal para Profesores, al constituirse como una Unidad Pedagógica, albergó: jardín de niños, escuelas primaria, secundaria y normal, respectivamente. Yo tuve la suerte de iniciar mi vida escolar desde el jardín de niños, y el recuerdo feliz que ha perdurado en mi mente fue la demostración de la actividad de fin de cursos de tercer año. Ésta consistió en saber vender y comprar lo que se encontraba en las tiendas de abarrotes de aquella época (1948). Se mandó construir el frente de la tienda, que tenía al exterior cajones con semillas, y en una orilla, un ato de escobas de raíz. También tenía un mostrador y detrás de él, el niño más apuesto y listo del grupo: Mucio Cardoso; a su espalda en una especie de estante se encontraba el famoso “Jabón Ibis”.

La maestra del grupo fue la señora Alicia Paredes, bonita, amable y cariñosa.

Al iniciar la primaria recibí un impacto fuerte, pues la mitad del personal, incluyendo a la directora de ese entonces, la Profra. Margarita Márquez, eran enérgicas, feas, en su forma de ser, daban miedo (para las docentes nuevas que lean esto, por favor sean cariñosas y comprensivas con sus alumnos).

Cabe mencionar a tres maestras que me sirvieron como modelo para mi ejercicio docente: Carmelita Osorno, quien me enseñó a leer y a escribir; años más tarde fue la orientadora y catedrática de puericultura en primero de Normal.

Gudelia López, mi maestra de cuarto año a la que quise y quiero mucho, yo creo, porque llegó a sustituir a otra maestra que me provocaba mucho miedo.

En quinto grado tuvimos la dicha de tener a una maestra ahora inolvidable: la señora Rosita Ramírez; con ella aprendimos a jugar frontenis, gracias a que el grupo recibió como regalo del día del niño, un par de raquetas.

Los tres últimos años de primaria que cursé fueron, a Dios gracias, bajo la dirección de la señora Docha, muy querida directora.

Al paso del tiempo, llegó el día de iniciar la educación secundaria, fue un cambio brusco, desconocido, muy diferente a la primaria. Ahora había que estudiar cada materia de forma individual y cumplir con la tarea que dejaban todos los catedráticos como si fueran el único maestro. El descontrol fue muy fuerte para mí, y si a todo esto se le suma mi gran inclinación por el frontenis... la consecuencia



es de imaginar. Fueron cinco las materias que tuve que presentar en examen extraordinario. El director en ese momento era el Profr. Juan Rosas Talavera, quien aconsejó a mi papá que era mejor que repitiera el año; pero como dice el dicho: “No hay mal que por bien no venga”, esta experiencia hizo que conociera a una de mis mejores amigas: Martha Salgado Mejía, una persona inteligente, estudiosa, que supo contagiarme sus virtudes y así, emprendí un camino de ascenso en mis estudios.

Un hecho que dejó una luz que ha iluminado principalmente mi vida profesional, fue cuando la gran maestra de español en el tercer grado, la Profra. Laura Beatriz Benavides, organizó un concurso interno de oratoria y resulté ganadora del primer lugar, y de una gran seguridad y confianza en mí misma.

Por fin, en 1959 inició la educación Normal, una experiencia maravillosa, principalmente cuando íbamos a las prácticas docentes, cargadas de material didáctico, nerviosismo y emoción.

Me tocó la época en que se elegía a la Reina de la Simpatía que se coronaba en las fiestas de aniversario de la inauguración del edificio normalista. La triunfadora de mi generación fue Rosita Olvera, bella, sencilla y gentil.

La carrera normalista tenía un espacio para ejercitar la democracia, al organizar las planillas que competirían en la elección de la directiva estudiantil. Me tocó ser una de las organizadoras de la planilla que postulaba a Laura Pavón como presidenta; la otra planilla postulaba a Irma Sánchez para el mismo

cargo. Al contar los votos, resultó ganadora la compañera Irma Sánchez, quien me invitó para ser tesorera, acepté y una de las acciones que nos dejó una gran satisfacción fue la organización de una magna kermés que tuvo como motivación el “Concurso de puestos”. El primer lugar lo obtuvo el Grupo “B”; fue la compañera Maricela Terríquez quien encabezó la creación del puesto de “Café París”, con la construcción de una Torre Eiffel.

El grupo en el que cursé el nivel normalista siempre fue el “B”, que se destacó por su unión, solidaridad y espíritu de excelencia. Se dieron dos casos de promedio de diez puntos en toda su carrera: uno el de Martha Salgado y el otro de Elenita Aguilar. Más de la mitad del grupo con promedio arriba de los nueve puntos y un mínimo de promedios arriba de ocho. En esos años no había aproximaciones.

Gracias, querida escuela, por mi formación, y por darme la oportunidad de ser catedrática de Taller de Lectura y Redacción en Preparatoria y de Español en Licenciatura.

También tuve grandes satisfacciones con el Club de Oratoria y Declamación.

Uno de mis alumnos, Antonio Díaz González, obtuvo el primer lugar a nivel Estado con el trabajo escrito del concurso llamado “Así es mi Estado”.

Desde hace más de veinte años pertenezco con orgullo y satisfacción al Patronato Pro Conservación del Edificio de esta Benemérita y Centenaria institución.

Como se dan cuenta, ¡es toda una vida!





Es un orgullo haber estudiado en la “Normal de Profesores” (1960-1966). Remembranzas

María Elena Vilchis Montes de Oca

Nuestra escuela, digo “nuestra”, como dice Alberto Cortez en su canción del “Callejero”: —Lo que queremos lo consideramos nuestra propiedad...

Esta institución de gran trayectoria, cuenta con una tradición educativa centenaria y arraigada, pero no por eso se ha quedado al margen de los grandes cambios fundamentales de la ciencia, pedagogía y la tecnología, siempre conservando sus valores humanos universales. En estos 105 años, la historia de nuestra escuela ha sido el reflejo de un “lago cristalino” y, por tanto, de la historia de nuestro Estado, desde su inicio en el año de 1882, en el Instituto Literario del Estado de México. Su historia, así como sus anécdotas, sirven para generar cohesión de identidad, para enaltecer su prestigio y crear sentimientos de hermandad entre los integrantes de esta comunidad educativa.

En el periodo de 1960 a 1966, la Escuela Normal para Señoritas, se trabajaba por años lectivos que iniciaban en el mes de febrero y concluían en los primeros días de diciembre, tiempo en el que carga escolar comprendía de doce a trece asignaturas por año. Entre los eminentes profesores que tuvo mi generación, figuran el profesor Alfonso Sánchez, el apreciado

“Mosquito”, de quien aprendimos las normas cívicas requeridas en esa época; el profesor Esteban Nava, gran pintor toluqueño, quien nos despertó el interés por las artes a través del dibujo y la combinación de colores; la profesora Paulina Jaramillo, la “Seño Pavis”, nos introdujo en el conocimiento de la Biología. Y recordamos a la maestra Lucha Garduño por su inquietud y dinamismo al convivir como orientadora con las alumnas de tercero “B” de secundaria.

Dentro de nuestros estudios propios de la carrera normalistas, recibimos la orientación pedagógica de las maestras Flora González y Eudoxia Calderón, la “Seño Docha.” Pero quien más nos impactó fue la profesora Ofelia Paredes, la “Seño Ofe”, quien impartía la clase de Historia de la Educación, pues su principal cualidad era saberse el libro de la materia de memoria, con puntos y comas, nunca se saltó un reglón, nos asombraba su capacidad de retener todo un texto en su cerebro. Después venían las preguntas y reflexiones, pero observamos que contestaba en los mismos términos del texto...

Valoremos y agradezcamos a los maestros su ejemplo y dedicación por cumplir con tan alta y delicada misión de enseñar. ☸



A mi maestro Carlos Hank González

María del Carmen Vilchis Montes de Oca

Uno de mis gratos e inolvidables recuerdos de ésta, mi querida Escuela Normal de Profesores, es el haber recibido clases de un entrañable y distinguido educador, sí, educador, porque su actuar frente al grupo cumplía las características de tal investidura.

Ese educador excepcional fue el Profesor Carlos Hank González, quien fue formado y forjado en nuestra “alma mater”; como estudiante manifestó siempre su amor al estudio, asimismo, fue ejemplo de responsabilidad y disciplina, cualidades que proyectó a sus alumnas, cuando se desempeñó como catedrático de Biología en segundo grado de secundaria y de Historia de México en tercer grado. La generación a la que pertenezco la denominamos 1952-1957.

El maestro Hank, como lo llamábamos sus alumnas, era un gran tipo, de gran personalidad, de carácter afable, con su sonrisa a flor de labios, nunca lo vimos enojado, llegaba puntual a la hora de la clase, a algunas de mis compañeras y a mí, nos gustaba esperarlo en el dintel de la entrada a este hermoso edificio, con la finalidad de saludarlo personalmente; por aquel entonces las alumnas contábamos entre los trece y catorce años de

edad, y como el maestro era altísimo, así lo veíamos, y teníamos la inquietud de crecer, para poder verlo de frente.

De las clases de Biología recuerdo una en especial, la del estudio de la célula, cuyo dibujo, diseñó mi querido maestro con gises de colores, mientras nosotras hacíamos lo mismo en nuestro cuaderno; después comenzó a dar la explicación sobre la célula, para lograr nuestra atención se volteó y caminó un poco hacia su derecha y al poner un pie atrás se le hundió en la plataforma, que por esa época era de madera y, nosotras al ver que se desvaneció gritamos al unísono, lo que ocasionó que se le enrojeara el rostro al maestro Hank, pero rápidamente sacó su pie y con gran dignidad continuó la clase, no hizo ningún comentario al respecto; tal hecho nos hizo reflexionar en su calidad como persona y como todo un gran profesional.

El maestro Hank es un digno representante de esta Benemérita Institución, quien además de gran educador destacó en la política, ya que fue Presidente Municipal de Toluca, Diputado Federal, funcionario federal y Gobernador Constitucional del Estado de México. ☺



Anécdotas

Rosa María Raquel Hernández González

Cuando estudiaba tercer año de la carrera, una compañera del Internado, María de los Ángeles Mendiola (en paz descanse), se metió a la cocina a hacer unas quesadillas de frijoles chinos con bastante picante y me dio una y me di una enchilada tremenda que hasta las lágrimas me salieron y ella se atacaba de la risa, nomás de verme...

Estando en el Internado, una de las perfectas nos llevó al cine, éramos como quince alumnas, pero como no todas llevábamos para el boleto de entrada, lo que hacíamos era darle a una de las compañeras los boletos para que los diera a la entrada y todas entrábamos al cine a disfrutar de una película.

En una ocasión todas mis compañeras de grupo estábamos en la clase de música con la maestra Herminia, cantábamos la canción de “Cielito Lindo”, la entonábamos a dos voces y alguna de las alumnas se salió del tono, la maestra me dio santa regañada y todo porque una compañera me señaló que había desentonado, pero el caso es que la compañera tenía muy mal oído.

Los apuestos y entusiastas alumnos del EDAYO en algunas ocasiones iban a la Normal y entraban hasta donde estaba la base de

mi dormitorio y nos llevaban hermosas serenatas; en una ocasión que nos la llevaron, la mayoría de mis compañeras se levantaron, excepto una, todas corrían hacia las ventanas para verlos y escuchar las canciones que cantaban.

Yo por mi parte no desperté porque tenía el sueño profundo y hasta algunas de ellas brincaban sobre mi cama, al amanecer escuché a las compañeras que comentaban de cómo había estado la serenata y cómo estuvo la algarabía que armaron, fue entonces cuando me enteré de lo que había pasado, y me dio tanto disgusto de no haberme despertado para escuchar la serenata y ver a los alumnos. A partir de entonces el sueño se me aligeró y después, cuando nos volvieron a llevar serenata, ya pude disfrutarla, porque me encantaban. 🌸





Escribir sobre la Centenaria y Benemérita Escuela Normal para Profesores es apostarle al futuro

Graciela Santana Benhumea*

Algunas de las inolvidables páginas que escribí a lo largo de mi vida y que fueron publicadas en diarios, revistas y en parte de mis más de cuarenta libros publicados hasta la fecha (mismos que se encuentran inscritos en el tomo VIII del *Diccionario de Escritores Mexicanos*, Siglo XX, del Instituto de Investigaciones Filológicas de la Universidad Nacional Autónoma de México), tuvieron como tema principal a mis ex escuelas, la hoy Centenaria Escuela Normal para Profesores, llamada en mis tiempos de juventud Normal para Señoritas, y la Normal del Colegio Montessori.

No se trata de cualquier cosa. Crecí en los intervalos del plan integral de la primera que comprendía primaria (la Anexa) y Secundaria (la número dos de la ciudad de Toluca) y me cobijé, en dos ocasiones bajo el solio maravilloso de su techo: cuarto año de primaria (1950) y los tres de secundaria (1953-

1955). Formalmente estudié Normal en el Colegio Montessori de 1956 a 1958. Posteriormente la Licenciatura en Derecho en la Facultad de Jurisprudencia (1964-1967) y la Maestría en Filosofía en la Facultad de Humanidades (1986-1988) de la Universidad Autónoma del Estado de México, en la que pronto concluiré el Doctorado en Filosofía Contemporánea (2013-2016).

En la Anexa a la Normal, como he referido varias veces, a la tierna edad de nueve años, miraba el cielo como un saco de estrellas y aprendía los colores azul y morado del amanecer en los desvelos en mi nostalgia infantil de pequeña interna. Igual pintaba con mis lápices de colores de marca Venus los rojos, ocres y carmines del atardecer que entintaban de escarlata al Xinantécatl o Nevado de Toluca, o dibujaba la Minerva a la que miraba y admiraba como a un ángel. En aquel tiempo mi maestra de grupo era la “seño” Margarita

* Maestra en Filosofía, ex alumna de primaria y secundaria

anexas a la Escuela Normal de Señoritas



Colín, la Directora de la Anexa era la profesora Libertad Gutiérrez y la Directora General de la Normal, la maestra Mercedes “Meche” Zaldívar”.

Allí supe más de letras, números, elementos químicos, geometría, historia, artes, civismo, deportes y en general del saber universal, llevada de la mano por aquellos grandes mentores, hombres y mujeres de gran estatura profesional y moral, que también nos enseñaron a conocer la música y la danza; las violetas y los lirios, los sortilegios y los cuentos, los dioses griegos, los misterios de Egipto, los Vedas, las Walkirias, el fervor patrio, las óperas y los héroes nacionales.

Allí empezó mi proceso de escritora, poeta, pintora, política y maestra. En el enamoramiento que tuve de la Normal, de su edificio, obra monumental de la arquitectura de los albores del siglo XX, del normalismo como carrera, del arte y del ambiente sano y en aquel entonces, pleno de valores fundamentales. Por eso en 1956 me eché al hombro el saco de estrellas, me llené las manos de malvones y geranios y me lancé a conquistar el mundo con las herramientas espirituales e intelectuales que allí, en la Normal, abrevé y que me permitieron librar muchas batallas y resultar campeona en muchas de ellas.

En el invierno de 1955, mis padres me enviaron a la Ciudad de México a pasar una temporada con mi abuelita, también maestra, María Contreras, quien enfermó gravemente y hube de esperar hasta que se restableciera. Cuando volví, se habían cerrado las inscripciones para ingresar a la Normal de Señoritas (que así era designada en aquel tiempo bajo la

dirección del profesor Juan Rosas Talavera) por lo que mi nuevo destino fue el Colegio Montessori con su recién creada Normal Incorporada del mismo nombre, con los mismos maestros y los mismos planes de estudio que la hoy Centenaria y Benemérita Escuela Normal para Profesores.

Se dice que mis versos y prosas son intensos y profundos y que el idioma en ellos es vasto y abundante. Sí, así es, porque se acunaron en mi alma de niña con vocación de docente y de cantora, la genética vocación que traía en la sangre (pues provengo de una estirpe de profesores: mis abuelos, mi madre, mis tías, primas, primos, etcétera. Recuerdo el Título de Profesor de mi abuelo materno Rosalío Benhumea Garduño, firmado por don Wenceslao Labra) y mi siempre manifiesto espíritu, libre y filosófico. Así se forjó esa intensidad que pretende alcanzar con mis escritos a las generaciones futuras aun cuando para entonces yo sea sólo un libro, un CD, un USB o un cuadro, polvo, raíz, flor, tronco, murmullo entre las ramas o en las ondas del agua.

Lo importante es que alguien, mujer u hombre, niño, joven o viejo, sepa que quiero compartirles mis paréntesis de secreta y gozosa plenitud y que mis palabras continúen invocando la más íntima y profunda belleza de las cosas y de las personas invaluables como mis queridos maestros. Soy como un agente de transferencia y seré bienaventurada si alguien entiende el mensaje de vivir con valor, con verdad, con respeto, con dignidad y honor como a mí me enseñaron a vivir en las Normales que me arrojaron buena parte de la vida: Una, con su “Himno de Paz” y contexto



histórico y la otra, con su lema de “Orden, alegría y trabajo”. Las dos, decisivas en mi formación intelectual y profesional. En ambas me inculcaron un gran amor a la enseñanza y a las letras, quizá por ello, desde mis tiempos de estudiante normalista y más tarde universitaria, empecé a llenar con cuentos, ensayos, dibujos y poemas, los periódicos y revistas estudiantiles, dedicándome también, desde 1960, al ejercicio del periodismo profesional, correspondiéndome el alto honor de ser la primera mujer que dirigió un periódico en el Estado de México: el ECO, primera publicación en la historia con rotograbado y con fotografías, que revolucionó el ambiente periodístico en 1971.

Por todo ello, por la herencia cultural de mis maestros, por el ambiente educativo de las décadas 1950-1960 y 1970, me arrogué la tarea de formar grupos culturales que fundé

apoyada por destacados artistas e intelectuales de la entidad como el Grupo Ángel María Garibay Kintana (1972), hoy Ateneo del Estado de México (1983), mismo que presido; el Grupo Ático de Artistas Plásticos (1985) que proyectó a grandes talentos como el escultor Fernando Cano; la Arcadia Mexiquense (1988), la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística del Estado de México (1994) y la Fundación Cultura Activa A. C (2004-2015).

Como ser vivo siempre agradeceré a la Naturaleza y a la Vida sus placeres y sus dolores; sus luces y sus oscuridades; sus negruras y sus colores; sus ruidos y sus sinfonías y todo lo que a lo largo de mi vida he podido sortear y disfrutar con la fortaleza que me dieron mis entrañables Normales, la de Profesores y la del Colegio Montessori, y más tarde nuestra querida Alma Máter, la Universidad Autónoma del Estado de México.

Añoranza y profecía

Rincón de ayer, refugio de mi infancia
Cómo recuerdo tus mañanas claras
Cuando en mi bata azul, cuadriculada,
Trasponía el umbral de tu primaria.

Casona magistral, cálida y grata,
Mis voces se quedaron en tus aulas
Mientras en mi alma la ilusión creciente
Jugaba con el sol en tus ventanas.

Entre tus patios, muros y salones
Lucí orgullosa mi joyel de infanta
Y con mirlos y niñas internadas,
Jugaba por la tierra de las hadas.

Tu Minerva romana, diosa alada,
Era lar de valor en mis batallas
Y manto protector en las jornadas
De estudios y tareas, danzas, gimnasias.

Al Salón Bach, marmórea escalinata
Me llevó cual princesa emocionada

A gozar graduaciones y veladas
Y a dar fe de tu docencia honrada.

En cumbres del saber, tus atalayas,
Secundaria estudié, recia y templada,
Y en tus lunas de ciencia, desvelada,
Bebí el sabor de tus sapientes aguas.
De tu fuego inmortal tomé la flama
Y corrí de la Vida en la Olimpiada.
Llevé en la mano la vernal retama
Y conquisté en tu honor muchas guirnaldas.

Tú y yo tenemos fraternal alianza
Como una madre y su hija o dos hermanas
Como el viento y el árbol; cirio y llama,
Como el milpar cercano a la besana.

Mi querida Normal, parte de mi alma,
Que se templó en tormentas y avatares,
Vives en mí con luces oriflomas
Que ahuyentan la zozobra y los pesares.

Yo te canto con voces reveladas
Desde lo más profundo de mi infancia
Desde el Himno de Paz, desde las ansias
Que del ser niña son: limpias y castas.

Para honrar tu nobleza centenaria
Tu prestigio sin par, tus consagradas
Generaciones ya tan legendarias
Tanto en docencia como en educandas

Hube de recoger para cantarte
Barcarolas, espumas y guirnaldas,
Luceros, cascabeles, pasionarias,
Rosas de té, orquídeas y araucarias.

Y todo es poco para celebrarte
Pues llevas en tus tiempos de adorada
Homenajes sin fin, inacabables
Pues serás para siempre idolatrada.

Sol en el agua, colibrí en ascuas,
Opalina beldad que el bien proclamas
Queden en tus geranios estas arias
Escritas en proféticas palabras:

Que cien años sean sólo tu alborada
En las eternas rutas de la Gloria
Y que en el infinito quede anclada
¡Por siempre la prosapia de tu Historia! ☼



Se abre un paréntesis...

Francisca Romero Salgado

Cuando la presidenta del Patronato Pro Conservación del Edificio de la Centenaria y Benemérita Escuela Normal para Profesores, maestra Yolanda Salgado, me invitó para narrar algo sobre esta institución, como en un remolino vino a mi mente todo lo que había vivido en el abrigo de sus fuertes paredes, de floridos jardines del gran portón que guía a la escalinata de mármol de Carrara, el patio de la Minerva, sus altos y amplios corredores, los dormitorios del internado, las regaderas y las cómodas donde las alumnas becarias se preparan para llegar a su clase, y cómo no recordar la enorme cocina y el típico comedor que todavía guarda los sonidos de la alegría, que quedaron plasmados durante mucho tiempo por la convivencia cotidiana de las jóvenes estudiantes.

Ciento seis años hace que se construyó este bello edificio, símbolo de la época porfiriana, y por donde han pasado muchas generaciones de maestros y maestras insignes que salieron al encuentro de su labor docente hasta los más recónditos lugares del Estado de México, a sembrar la semilla en pro del saber y saber hacer, y ellos fueron acuñando con gran

emoción, el pensamiento, la ilusión y esperanza de aquellos pupilos de mirada tierna que, ávidos de saber, acudían a las aulas para objetivar su capacidad de asombro ante y en el mundo.

Como alumna de la Normal (1956-1959), experimente y propicié la convivencia de los pequeños boleteritos, periodiqueros y algunos en situación de calle al organizarles, con la autorización de nuestra querida directora, la maestra Elisa Estrada Hernández, la celebración del Día del Niño en las instalaciones de esta escuela y con la cooperación de todo el alumnado, hecho por el que merecí una felicitación por parte de la Dirección de esta institución.

Otra acción relevante y que indudablemente enalteció el prestigio de nuestra querida escuela, fue el proyecto que realizamos la compañera Margarita Medina y yo en el año de 1957, al convertir "la Concha Acústica" de la ciudad de Toluca en un espacio cultural, en coordinación con el director de la Banda de Música del Estado de México, profesor Manuel Esquivel, con quien convenimos que entre cada intermedio de la banda narráramos un hecho histórico, cultural y en su caso los datos



importantes del autor de las obras musicales que se interpretaban. Tuvimos el honor de que el Lic. Juan Fernández Albarrán, Gobernador Constitucional del Estado de México, nos acompañara en una o dos ocasiones.

Por decisión de las compañeras fui electa presidenta de la sociedad de alumnas en el año de 1959, se realizaron diferentes actividades, pero una que me parece importante de narrar, es la celebración del día del estudiante que les organice, consistiendo en un viaje en tren al pueblo de Salazar del Estado de México, abordamos dicho transporte a las ocho de la mañana y llegamos a la Laguna de Salazar a las 9:15, en donde se propició un convivencia sana y recreativa, a las cinco de la tarde ya nos encontrábamos en la estación para regresar a la ciudad de Toluca, evento que aún

recuerdan las normalistas con mucha emoción.

Por otro lado realizamos la quema del libro con la participación de todas las compañeras que estábamos por egresar, algunas armaron un ataúd en forma de libro, otras nos disfrazamos, hubo quienes organizaron una procesión para caminar atrás del ataúd. Recuerdo a la maestra Margarita Colín, quien consideramos una gente muy adusta y formal, ese día se subió a una de las bancas del Patio de la Minerva para disfrutar del espectáculo que habíamos organizado, y en general todos nuestros maestros nos felicitaron por la creatividad. Y mi memoria no se agota, cierro el paréntesis y próximamente continuaré. 🌸





Vivencias en mi formación como docente y en el desempeño de mi profesión

Juana Rojas Araujo

Cuando inicié mi formación profesional en la Escuela Normal para Profesores, estuve en el grupo “A” con 28 compañeras que aspirábamos a ser profesoras de educación primaria y de trece jóvenes estudiantes que deseaban ser educadoras y formaban parte de la Generación fundadora de lo que sería la Escuela Normal de Educadoras. Estábamos llenas de ilusión, de entusiasmo e incluso temerosas, por iniciar nuestros estudios.

La directora de la institución que dio nombre a nuestra generación fue la maestra Elisa Estrada Hernández, formada en los cánones entonces en boga de una educación que tuviera como eje al educado.

Una anécdota de entonces sucedió con la maestra de escritura Mercedes López Gómeztagle, que era grafóloga y quisimos saber el significado de nuestra escritura. Acudimos a consultarla, una compañera y yo, y a ella le dije que su letra significaba “falta de cultura”; le enseñé la mía y me dijo “significa orden, niña”.

La maestra Carmelita Osorno nos compartió taller de costura e hicimos un muestrario, comenzando por lo que es elemental, el

hilván hasta llegar al deshilado.

En segundo y tercero de Normal los maestros de Técnica de la Enseñanza nos pedían realizar las prácticas en diferentes escuelas y lugares, como los municipios de Ixtlahuaca y Metepec. Una minuciosa preparación, material didáctico especializado y una presentación personal impecable.

Atesoro con gratitud y cariño las múltiples enseñanzas que en ese periodo recibí, imposible nombrar a todos nuestros maestros, pero como muestra quizá debo mencionar a la maestra Laura Beatriz Benavides, a la maestra María del Refugio Alejandre, Eldemira Nava, Guillermo Servín Méndez, Rodolfo García, espléndidos catedráticos, entre otros.

Me inicié en el desempeño de mi profesión en Texcoco, en el Centro Escolar “Nezahualcóyotl”, dirigido por la profesora Eva Rodríguez de Torres, egresada también de nuestra Escuela Normal y a quien debemos las enseñanzas prácticas de nuestra formación. Éramos un gran equipo de seis compañeras empeñadas en ser las mejores del cuerpo docente: Irene Sierra Bernáldez, Laura Pavón Jaramillo, Irma Martínez Osorio, Georgina



Higuera Hernández, Luz del Carmen Maya Peñaloza y yo. Trabajamos en el turno vespertino y yo comencé con un numeroso grupo de primero con 62 alumnos, y entre ellos había niños con problemas de dislexia, otros con dos o tres años repitiendo primero. Trabajé con el método “Onomatopéyico de la Lectura y Escritura”. Debido a mi falta de experiencia, al finalizar el ciclo escolar, temí el examen de lectura, que era muy estricto y nos venían a examinar de otra escuela rival de la nuestra, por lo que siempre nos medían con estricto rigor. Tomaban en cuenta una escala de lectura de 43 palabras leídas en dos minutos para seis de calificación y de 128 palabras o más en dos minutos para diez de calificación. Una de mis compañeras, Georgina Higuera y yo, tuvimos varios reprobados, fue una experiencia devastadora para nosotras y los siguientes cinco años que trabajamos ahí, volvimos a pedir primer año y trabajamos por la mañana, en la casa donde vivíamos, con los alumnos atrasados y al finalizar el curso obtuvimos exitosos resultados.

En esos seis años de trabajar en Texcoco tuve alumnos muy listos, uno de ellos vendía periódico y llegaba a clase muy tarde pero era alumno de nueve o diez de calificación. Más tarde cometió una falta en la calle y lo detuvieron, llevándolo a la comandancia y el presidente municipal, quien era Benito Bustamante Buendía, me mandó llamar con unos policías para dejarlo salir, situación a todas luces asombrosa. Otro alumno me pidió trasladarse a vivir conmigo y su mamá le dio permiso y una de mis compañeras, Laura Pavón, decidió comprarle un cajón de madera con

todo lo necesario para asear el calzado con el propósito de que tuviera una ocupación, al cabo de una semana decidió volver a su casa, llevándose el cajón.

En cuanto al desempeño general de la escuela aprendimos a trabajar con mucho interés y dedicación en todas las actividades, tratando siempre de obtener los mejores resultados en todo lo que realizábamos, ya fuera ejercicios gimnásticos o artísticos, talleres y sobre todo aprovechamiento.

Después de trabajar seis años en Texcoco renuncié para dedicarme a mis tres hijos que eran muy pequeños. Ochos años después reingresé trabajando un semestre en Tenancingo, en el Centro Escolar “Revolución”, también en el turno vespertino.

Tuve la oportunidad de cubrir un interinato en la Escuela Normal de Profesores y debido a la dedicación en mi trabajo, la directora solicitó que continuara trabajando en la escuela y lo hice por treinta años en el Departamento de Psicopedagogía, a cargo de la maestra Bertha Zárate Sandoval y yo como asesora profesional atendiendo dos grupos, y en un inicio impartí clases de Etimologías Grecolatinas y Taller de Lectura y Redacción en primero de Preparatoria y primero de Normal, así como el Taller de Escritura.

Asesoré a mis alumnos en todo lo necesario, cubrí el programa de Asesoría Psicopedagógica cada año y terminó así mi carrera profesional, en el mismo lugar donde cursé mis estudios, después de 36 años de servicio.

Son éstas algunas remembranzas de una época pasada pero que dejó en mi vida imborrables vivencias e infinita gratitud. ☺



Mi presencia en la Centenaria y Benemérita Escuela Normal para Profesores

María del Carmen E. Sánchez Jiménez

En los muros del tiempo trabajamos todos como arquitectos de nuestro propio destino.
(Orison S. Marden)

Actualmente me encuentro jubilada, exactamente hace dos meses que dejé de laborar como docente, han pasado treinta y dos años dedicados a la docencia y vienen a mi mente innumerables recuerdos de hechos que marcaron mi vida como maestra.

Todo inició en el momento en el que yo debía de decidir mi profesión, lo cual no fue difícil ya que desde niña me atraían, de las escuelas donde estudiaba, esos pizarrones verdes donde al descuido de mis maestras tomaba los gises de colores tratando de imitar lo que ellas hacían. En los salones de clases me impresionaban esas plataformas altas, donde cada una de mis maestras tenía su escritorio, despertando en mí, sentimientos de admiración y de respeto. Ya desde entonces me imaginaba verme al frente de mis alumnos dando clases y calificando con ese color rojo tan significativo en mis tareas y exámenes. No había duda quería ser maestra.

Llegó el momento de elegir, tenía dos

opciones: la Escuela Normal No. 1 del Estado de México y la Escuela Normal para Profesores. Fueron días de confusión, pero por fin me decidí por la primera. Debo aclarar que siempre que pasaba por la calle de Independencia me preguntaba cómo hubiera sido mi vida de estudiante si hubiera hecho válida la segunda opción, pues tenía gran interés en conocer la historia del edificio, visitar cada uno de sus espacios y platicar con maestros y alumnos con el propósito de saber cómo era su vida académica y el porqué de su prestigio.

Posteriormente, me encaminaría aún más al decidir especializarme en el área de las Ciencias Sociales, reflejando mi interés en las obras realizadas por el hombre en sociedad a través del tiempo. Sin duda alguna, ahora tenía más motivos que me intrigaban a poner un pie dentro de la Escuela Normal para Profesores. Después de once años de servicio en los niveles de primaria, secundaria y en el Depar-



tamento de Educación Superior, por necesidades personales, solicité un cambio de adscripción y, al recibir mi oficio de respuesta, no daba crédito a lo que mis ojos leían: pasaba a prestar mis servicios a la Escuela Normal No. 2 de Toluca. El tiempo sin lugar a duda me colocaba en esta institución que por años había admirado por su inigualable valor histórico y ahora estaría inmersa en ella, para poder contestar por mí misma a tantas interrogantes.

En octubre de 1994, pasé a formar parte de esta institución educativa. Nunca olvidaré que, al cruzar la reja y tener frente a mí la fachada principal, sentí el compromiso que debía asumir por sus valores históricos y sociales que ha representado a lo largo de su historia.

Hoy tengo la oportunidad de compartir a través de este escrito algunas de mis vivencias dentro de ella, pues fueron veintiún años que en realidad volvería a repetir, sobretodo en el Departamento de Extensión y Difusión Cultural ya que, como responsable de las actividades extracurriculares, tuve la oportunidad de conocer a profesores de gran sensibilidad para la música, teatro y danza y que gracias a su ética profesional han logrado desarrollar éstas habilidades en cada uno de sus alumnos proyectándolas dentro y fuera de la institución.

De manera especial quiero hacer mención al grupo representativo de Coro dirigido por la profesora Irma Angélica Rosas Muñoz y por el profesor Juan Carlos Avilés Bedolla, ya que durante el periodo del gobernador Lic. Emilio Chuayffet Chemor y hasta la fecha se le designó al como el grupo representativo del

gobierno del Estado de México, situación que exigió un mayor compromiso por todos los que estábamos involucrados en el grupo de manera directa o indirectamente.

Desde entonces, alumnos y maestros estuvimos presentes en ceremonias oficiales del gobierno, teniendo la oportunidad de presidir hechos trascendentales de la vida política, social y cultural de nuestro Estado de México acciones que contribuyeron a fortalecer una situación de identidad nacional. No quiero dejar de mencionar a los grupos de rondalla, teatro y danza, a mis queridos compañeros Noé, José, Adalberto e Ivonne Adaya, responsables de éstos grupos, ya que juntos formamos un gran equipo. El motivo principal era que los alumnos vieran en estas actividades un espacio de recreación, pero que al mismo tiempo pudieran desarrollar sus habilidades para después ser compartidas en los diferentes escenarios en donde se presentaran.

A través de este escrito, doy mil gracias por el apoyo incondicional a mis diferentes Coordinadores del Departamento de Promoción y Difusión de la Cultura profesor Román González Rodríguez y a la profesora Yolanda Salgado Barrientos por su destacada creatividad, organización y acompañamiento para salir con éxito en cada una de las presentaciones y festivales. Quiero decirles que las risas y aplausos de los padres de familia los hicieron únicos e irrepetibles; así también a los integrantes del Departamento de Promoción profesor José Antonio Moreno, Silvia Camacho y, desde donde estén, Ignacio Barrera Bernal y Cruz López Espinoza.



Cómo docente tuve la oportunidad de fortalecer mi experiencia en las asignaturas relacionadas con la historia, apoyando a varias generaciones, con el propósito de darle significatividad a ésta a través de su comprensión. En este sentido, quiero expresar que nuestra escuela fue un gran ejemplo para contextualizar el pasado al igual que lo fue su archivo histórico, ya que cuenta con testimonios vivos para ubicar hechos históricos de transformaciones educativas de nuestra memorable institución.

A partir de la Reforma Educativa 2011 en la Educación Básica, el programa de historia establecía un enfoque formativo, con el propósito de sensibilizar a los alumnos hacia el conocimiento histórico y propiciar el interés y gusto por la historia. Las lecturas propuestas en los programas nos dieron la fundamentación teórica para comprender por qué era necesario visualizarla como una disciplina específica; asimismo la reflexión sobre las representaciones sociales de la enseñanza y aprendizaje de la historia fue fundamental para tratar de lograr un cambio en la práctica.

En este contexto, situar a la historia en las aulas como una disciplina, es ubicarla con sus propios procedimientos y estándares, con un lenguaje y una lógica propia, haciendo uso de herramientas y recursos específicos para su comprensión y desarrollo de un pensamiento y conciencia histórica.

Por lo anterior, hablar de esta asignatura en la actualidad, es lograr que los alumnos reconozcan que el presente no es fortuito, casual, ni el producto de una evolución natural

de la especie humana, sino de una historia que hunde sus raíces en el pasado y que se expresa como un componente vivo, a través de rastros, huellas y registros que nos implican y registran.

El manejo de fuentes primarias constituye el procedimiento básico, a partir del cual es posible explicar lo que ocurrió en el pasado y por qué sucedió de esta manera, pero a la vez distanciarse de la idea de que la historia es un cúmulo de datos acabados que deben memorizarse como narraciones verdaderas e incuestionables. De ello se desprende la necesidad de poner en contacto a los alumnos con los archivos y sitios históricos pues estas instituciones son las responsables de resguardar, preservar, organizar y difundir el patrimonio histórico documental (fuentes primarias) permitiendo conocer su propia historia de forma científica. Entonces se llevaron a cabo salidas didácticas como fue la visita al Archivo General de la Nación, Palacio de Bellas Artes y a la Ciudad de Puebla siendo espacios de gran relevancia histórica y de gran significatividad para ser relacionados con los contenidos y enfoque de la asignatura.

Por último, llevaré en mi pensamiento a mis entrañables directoras, por su confianza y apoyo que en su momento cada una de ellas me brindaron: profesoras Aída María Antonia León García, Elisa Estrada Hernández y Ma. Eugenia Hernández Tapia.

Sin lugar a dudas, puedo concluir que mi destino era formar parte de la ahora Centenaria y Benemérita Escuela Normal para Profesores. ☸



Entrevista a la Centenaria y Benemérita Escuela Normal para Profesores: Generación 1975-1979

José Antonio Moreno García

Al hacer un recuento histórico de las instituciones, se puede hacer referencia a sus orígenes, a su trayectoria, a sus momentos de esplendor, lo mismo que a las penurias que padecieron para su óptimo desarrollo, a su percepción que la sociedad ha tenido de ellas. En fin, hablar de una institución con ciento treinta y cuatro años de antigüedad es sin lugar a dudas, una tarea gigantesca por los diferentes matices que guarda en su devenir histórico. El presente escrito pretende dar cuenta de algunos rasgos característicos de un grupo de estudiantes normalistas que fueron formados en esta institución y que guardan un especial cariño y afecto por la impronta de su formación: Generación 1975-1979.

JAMG.¹ ¿Qué significa para una institución llegar a 134 años dedicados a la formación de maestros?

CYBENP. Es una gran satisfacción de

coadyuvar en la formación de personas que a través de sus servicios logren impactar en el desarrollo científico y cultural de la población, pero además es una gran responsabilidad hacer esta tarea porque el efecto de los maestros que aquí se forman tienen repercusión en muchas mentes que se están formando y que habrán de insertarse en la sociedad en la que viven. Creo que también al formar nuevos individuos se hace referencia al lema institucional: “Educar es redimir”. Entendiendo esto como el logro de la liberación del individuo de la ignorancia, y dotándole del saber para que tenga armas para afrontar de mejor manera la vida que le toca vivir.

JAMG. Durante este trayecto de 134 años, por esta escuela han circulado infinidad de alumnos que por la temporalidad, han conformado una cantidad amplia de generaciones de maestros, ¿qué significa para usted una generación?

¹ CYBENP. Centenaria y Benemérita Escuela Normal para Profesores.

JAMG. José Antonio Moreno García.



CYBENP. Una generación es la razón de ser de mi quehacer cotidiano, se puede decir que es la materia prima de mis actividades. Como lo registra el diccionario de la real academia "...una generación es un conjunto de personas que habiendo nacido en fechas próximas y recibido educación e influjos culturales y sociales semejantes adoptan una actitud de cierto modo común en el ámbito del pensamiento o de la creación". Para el caso concreto de la generación 1975-1979 considero que los estudiantes formados en ese tiempo histórico les caracterizó egresar con un perfil muy peculiar que los distinguía, también se le impregnó una serie de ideales para saber responder de mejor manera en su práctica profesional, pero creo que sobre todo, mantenían un rasgo definitorio de identidad que emergía en el trabajo, el compromiso y la responsabilidad.

JAMG. El prestigio de las instituciones formadoras de docentes se debe en buena medida a la planta docente y al impacto social de sus egresados, ya que finalmente estos últimos se convierten en una carta de presentación de la institución. Pero también hay que valorar el papel de la dirección de la escuela, ya que la conducción y rumbo que tome la escuela es función de quien está a cargo de la misma. ¿Al respecto qué nos puede decir de la dirección institucional de ese tiempo?

CYBENP. En ese tiempo la responsabilidad estaba a cargo de la profesora Ana María Ortega Valero, recuerdo a una maestra entregada de lleno a su oficio, conducía a la institución con el denominador común de la disciplina, el trabajo; pero sobre todo un respeto absoluto en el trato con los demás, le distinguía su

generosidad y su sencillez. Lo mismo se le veía en tareas de conducción de la escuela como en tareas de docencia, a pesar de tener la dirección impartía sus cursos de matemáticas. Se puede decir que en el aula sus clases eran amenas y llenas de explicación y sabiduría. Pero también se le podía ver en el internado escolar conviviendo con las alumnas, incluso tenía su dormitorio en el internado; en ella se aplica la frase de predicar con el ejemplo. Recuerdo una administración que conducía a la Normal por el buen funcionamiento. Cómo olvidar las majestuosas presentaciones de cuadros coreográficos presentados en el estadio de la bombonera, los aplaudidos desfiles conmemorativos por las calles de la ciudad, y a propósito de la generación de referencia, su ceremonia de graduación en el teatro Morelos con la presentación de diversos bailables que arrancaban los aplausos de la audiencia. Esto último resultado del talento artístico y profesional del profesor Rodolfo Muzquiz Fuentes; un eminente docente que supo transmitir su arte y sensibilidad por la danza.

Recuerdo también las multitudinarias tardes que se organizaban en el deportivo, espacios de esparcimiento y diversión para que sanamente la comunidad estudiantil pudiera recrearse. Puedo decir que la escuela mantenía una estrecha relación con las autoridades educativas y que esta relación se manifestaba con la buena aceptación que la sociedad tenía de la misma.

JAMG. ¿Qué decir de la planta Docente?

CYBENP. En ese tiempo los catedráticos se seleccionaban muy rigurosamente, por la experiencia de la generación se puede decir que



los maestros sí estaban identificados con su trabajo y su materia de enseñanza, además de que se percibía gusto y amor por la docencia, las relaciones con los alumnos eran sanas, con respeto y empatía. Respecto del tiempo había un clima de puntualidad y respeto a la cátedra. En conclusión alumnos y maestros cumplían con su trabajo.

JAMG. ¿Cómo se manejaba la formación complementaria?

CYBENP. En este sentido la Normal siempre se preocupó por habilitar a los estudiantes con habilidades artísticas y culturales que les sirvieran para desempeñarse de mejor forma en su ejercicio profesional. Gracias a la labor invaluable de profesores como Juanita Meiss Arteaga, Isaías Albarrán Guadarrama, Lilia Badillo Gutiérrez, se destelló el teatro, el periodismo y artes plásticas respectivamente.

No hay que olvidar el valioso ejercicio del ajedrez para ejercitar la mente y mantenerse lúcido en el pensamiento, esto gracias a la conducción del profesor Contreras Rosales.

El taller de expresión escrita era conducido magistralmente por la profesora Edelmira Nava Arellano.

Al igual que otras generaciones el conocimiento que se llevaron los egresados en el terreno de la educación física se debió a los profesores Everardo Navas Molina y Antonio González Trigos.

Mención especial merece la conducción de Asesoría profesional a cargo de la profesora Bertha Zarate Sandoval, quien con sus consejos y directrices supo conducir la problemáticas escolar y personal de los estudiantes, valga decir

que su carácter firme y sistemático hacia imponer su personalidad.

No se olvida en este tiempo la presencia del Coro institucional conducido por el Mtro. Alfredo Mendoza, quien por ese entonces con el repertorio existente grabó un disco de 45 RPM, desde esas fechas viene la aceptación de las autoridades educativas para sumar el coro de la escuela a los eventos de cívicos del Gobierno del Estado de México.

JAMG. ¿Qué recuerdos tiene de la generación 1975-1979?

CYBENP. Fue un grupo de estudiantes (148) provenientes de diversos municipios del Estado de México, con diferentes formaciones anteriores, con niveles socioeconómicos muy diversos, con problemáticas familiares muy heterogéneas; pero con actitudes muy similares de superación y esfuerzo, creo que aquí encontraron además de su formación académica y profesional lazos de fraternidad y unión que les permitieron seguir unidos como generación y como grupo. En algunos aniversarios se les ha visto regresar a evocar la vida estudiantil: sus logros, sus anhelos, sus triunfos y por qué no, también los éxitos profesionales y familiares.

Como institución sé que algunos han cumplido satisfactoriamente su vida profesional y se han retirado decorosamente a disfrutar su jubilación, otros aún siguen en la tarea docente, pero sé que todavía sigue vigente el deseo gregario de reunirse para convivir y continuar por el camino de la amistad y el compañerismo, creo que también en este sentido la institución procuró formales el sentido de solidaridad y afecto con nuestros semejantes. Condición que hasta la fecha siguen practicando.



JAMG. ¿Algo que quiera agregar como mensaje?

CYBENP. Que como institución he visto desfilar innumerables generaciones de estudiantes, cada uno ha tenido su impronta particular, no puedo decir que todas las generaciones sean iguales, cada uno le distingue su identidad, su estimación y cariño por la institución; lo que quisiera matizar es que los tiempos que vivimos ahora son muy difíciles por las circunstancias sociales, por referencia de los actuales estudiantes, me doy cuenta del clima de violencia e inseguridad que vive la sociedad. No es posible vivir en esta barbarie; como sociedad civilizada algo tenemos que hacer en conjunto, mi deseo

como institución con un prestigio de 134 años es seguir coadyuvando en la formación de seres humanos que impacten en una sociedad mejor habitable y más humana y que los valores que han permeado a las generaciones que aún se forman sigan fomentándose para que la sociedad tenga mejores niveles de cohesión de respeto, pero sobre todo, que juntos hagamos una sociedad más saludable sin tanta podredumbre como ahora se percibe.

JAMG. Gracias.

Con afecto a mis compañeros de generación 1975-1979. 🌸

Escuela Normal para Profesores del Edo. de México





Mi punto de vista

María Esther Cedillo Monroy

La sutil intuición del maestro que encuentra siempre algo rescatable en cada alumno, que valora a cada uno por esa capacidad oculta que ha sabido descubrir en su alma.

Lidia María Riva

Hoy recibí una fotografía de la Escuela Normal para Profesores y no pude evitar evocar los recuerdos, las vivencias de aquellos años como una de tantas alumnas que albergó en sus aulas esta escuela con su edificio majestuoso.

En 1972, se dio inicio a un cambio en el Plan de Estudio de la Educación Normal, se aumentaba un año, ahora serían cuatro años de formación de los futuros profesores. Así, mi generación fue la primera de cuatro años y se integraron a la currícula materias como: Química, Física, Biología, Geografía, Inglés y Matemáticas.

Recuerdo a mis maestros como el de Filosofía: Rodolfo García; a la de Antropología: Edelmira Nava; a la de Psicología: María Teresa Palomino; a las maestras de Didáctica: Cristina Frievent, María Guadalupe Alemán y Esperanza Tavares; al de Física: Moisés Zaldívar; a la de Química: Lourdes Osornio; al maestro de Danza Folklórica: Rodolfo Muzquiz; al de Educación Física: Everardo Navas;

a la de Inglés: Clara Flores; a mis orientadores María del Carmen Ontiveros, Francisco Javier García y Pedro Carbajal; el de Actividades Agropecuarias: Francisco Escobedo, sólo por mencionar algunos.

Viene a mi mente la formalidad y seriedad que cada uno de los maestros le imprimía a sus clases, a su manera. Se percibía el conocimiento de los temas, esa forma de captar la atención del grupo, dejaban ver la preparación y la importancia de su clase para nuestra formación.

Sin lugar a dudas, Didáctica fue una de las materias que permeó los cuatro años y las prácticas docentes en la escuela primaria, lo que representaba un compromiso trascendente. Así, estar frente a un grupo de niños, a quienes les impartiría un conocimiento, intentando seguir el ejemplo de mis maestros, quienes se esmeraban porque en su momento yo estuviera en las aulas: era un reto.

En este sentido, la preparación de la Se-



mana de Práctica Intensiva para mí representaba una de las tareas más significativas, pues era el momento de ir y mostrar lo que había aprendido. Era un ensayo de lo que sería mi trabajo en el aula: atender un grupo con responsabilidad y desarrollar los planes y programas de estudio de la educación primaria. En una palabra, dar lo mejor de mí como persona y como profesional de la educación.

Recuerdo esas tardes que debían ser llamadas porque había un examen recepcional, pero sobre todo, el gusto con que se escuchaba el sonar de la campana que anunciaba el éxito de la sustentante.

En esos días de estudiante tuve la oportunidad de escuchar en el Palacio de Bellas Artes en la Ciudad de México, un concierto de la Orquesta Sinfónica del Estado de México. También recuerdo la visita de estudio al Planetario del Instituto Politécnico Nacional.

Los recuerdos no se alejan de mi mente, pues además vivir en el Internado de la Normal, fue para mí una grata experiencia: cómo olvidar la organización para enseñarnos a compartir, a convivir durante los cuatro años tanto con mis compañeras de generación, como con otras de generaciones diferentes. A pesar de la distancia y los años transcurridos, tengo presente los horarios para estudiar, hacer tareas, ir a la biblioteca, preparar el material para las prácticas, todo eso después de la comida; o cómo no recordar que tocaban una campana para llamarnos a comer, luego las prefectas contaban grupos de diez alumnas para cada mesa y a las dos últimas, nos tocaba servir la comida, pero teníamos el privilegio

de ser las primeras en seleccionar el pan, el postre o la fruta y todas esperaban hasta que eso sucedía; luego se tomaba en zigzag; entrar al dormitorio hasta las ocho treinta de la noche. A las cinco treinta de la mañana, iniciaba el día con nuestro aseo personal y el del dormitorio, recuerdo que cuando trapeábamos los pasillos, nadie podía pasar hasta que se secase el piso, eso era parte del respeto que teníamos hacia el trabajo de la compañera que acaba de limpiar para no dejar la huella de los zapatos y ensuciar, por supuesto, a mí también me tocó hacer esa tarea.

El estar lejos de casa y de mi familia, me hizo enfrentarme a una convivencia distinta con derechos y obligaciones diferentes.

La convivencia genera vínculos y a pesar de los cuarenta años que han pasado desde que egresé de la Normal, mis compañeras y yo hemos hecho lo posible por mantenernos en comunicación, por acercarnos y apoyarnos mutuamente, ya sea en nuestros logros, en nuestras tristezas y también para reír en nuestras alegrías.

Cada escuela en la que estuve fue un capítulo en mi formación, pero la Normal marcó mi vida para siempre. 🌸





Mis recuerdos del Internado de la Escuela Normal 2 para Profesoras (1971- 1974)

María Margarita Celis Ayala

¡Hola!

Soy, originaria del municipio de Tonalco, Estado de México. Hoy tengo inquietud de compartir algunos de los momentos que viví como estudiante en mi formación como Profesora de Educación Primaria.

Era el año de 1971 cuando tuve la fortuna de ingresar a la Escuela Normal, y como iba de una provincia y no contaba con algún familiar o persona conocida que me pudiera dar hospedaje en la ciudad de Toluca, tuve la necesidad de vivir en el Internado de la misma escuela. Allí pude conocer a varias compañeras que iban también de otros lugares del Estado de México y que tenían las mismas necesidades, además cursaban otros grados, segundo o tercero. La labor que realizaban las personas que de alguna manera dirigían el Internado, era de mucha importancia y recuerdo que eran: la seño Elvis, la seño Toña, la seño Lore, la seño Cuquita, miss Helen y la seño Lichita, como cariñosamente llamábamos quien desarrollaba actividades de enfermería con la doctora Esthelita, y que juntas buscaban motivos para bromear y hacer de nuestros males los menos.

Por principio de cuentas aprendí que estábamos organizadas para los dormitorios por el grado que cursábamos, igualmente en el uso de las cómodas donde guardábamos nuestras pertenencias, el lugar que utilizábamos para hacer las tareas, el uso de los lavaderos y el cuidado de la ropa para no perderla, que había compañeras responsables de cada uno de los espacios, que había horarios para consumir los alimentos y que todas participábamos para llevar la comida a las mesas, además que nuestra participación era muy importante para mantener limpios los espacios del Internado.

Todas las personas que allí estábamos teníamos un reglamento que cumplir con la finalidad de que todas lográramos alcanzar nuestros propósitos educativos. Después del área jardinada, había un espacio conocido como Prefectura, en este lugar siempre había una persona que controlaba y vigilaba la entrada y salida de todas las alumnas internas, el horario era cubierto desde las siete de la mañana hasta las ocho de la noche de lunes a domingo. Los días sábados tenían que controlar la salida mediante un aviso en el que se constataba el cumplimiento de la labor del aseo correspondiente y que estuviera presente el tutor



para firmar como responsable de nuestra salida, esto se daba a partir del término de los horarios de clases; y los domingos la llegada era a partir de las cuatro hasta las ocho pasado meridiano, y si por alguna ocasión no podíamos llegar, toda la semana tendríamos que asistir a la escuela como alumnas externas hasta que llegara el siguiente domingo. Por esta razón nos veíamos obligadas a buscar tutores que vivieran cerca de la institución y en mi caso encontré a los papás de una amiguita y compañera, Alejandra María del Socorro Sánchez Jiménez, que me hicieron el favor de ser mis tutores, nos pedían a cambio solamente que buscáramos la oportunidad de salir y entrar a la misma hora para evitarles que a cada rato tuvieran que estar en la Prefectura. Mis tutores siempre estuvieron al pendiente y dispuestos a todo lo que necesitábamos, como si hubiesen sido nuestros padres. Yo les vivo infinitamente agradecidos porque hasta cuando estábamos enfermas y no podíamos estar dentro del Internado, no sólo nos atendían las enfermedades sino hasta la alimentación y sus hijos nos trataban como hermanas.

En los dormitorios teníamos la obligación de cooperar con todo el aseo, estábamos organizadas en dos grupos con la finalidad de que una semana aseara un equipo y la siguiente el otro. Entre las actividades que hacíamos estaban: barrer, trapear, sacudir, estirar colchas, subir y bajar bancos, lavar lavabos, sanitarios y baños, y todo esto se hacía antes de bajar al comedor de las cinco a las seis treinta de la mañana. La hora de levantarse era a las cinco. Siempre recuerdo que el velador, don Juanito, nos ponía música instrumental para despertarnos, levantarnos y hacer nuestras labores.

En el comedor había mesas para diez personas y para pasar al desayuno o la merienda, teníamos que formarnos. Se contaba hasta el nueve y a la número diez le tocaba atender la mesa; durante la comida se contaba hasta el ocho para que la nueve y la diez atendieran. De esta manera se evitaba que se levantaran por lo que necesitaban. Cuando todas habíamos terminado de consumir nuestros alimentos, ya nos podíamos levantar de la mesa y llevar nuestra loza al lugar donde se lavaba. Como se puede ver, para todo teníamos horarios y estábamos organizadas, pero lo más importante es que también esto era parte de nuestra formación como docentes, porque nos permitió ser personas organizadas con el tiempo y cumplir con nuestras labores. Nuestra socialización también mejoró mucho, porque aprendimos a dirigirnos a las personas de manera correcta, igualmente nuestra educación, sobre todo la de aquellas compañeras que no estaban acostumbradas a reglamentos; nuestra personalidad y nuestra presentación también nos ayudó, ya que aprendimos a ubicarnos dentro de varios contextos sociales.

Con todo lo que he podido describir, quiero expresar que el Internado me ayudó en muchos aspectos y siempre recuerdo con entusiasmo y cariño mi estancia en él, a pesar de que no fue fácil la adaptación. También hubo contratiempos, pero se pudieron superar en su momento y así alcanzar con entusiasmo nuestro objetivo principal, ser PROFESORAS DE EDUCACIÓN PRIMARIA DE LA GENERACIÓN 1971-1974, la última generación de tres años de preparación.

Gracias por la oportunidad de participar en este grupo y por cada una de las memorias nacidas en esta institución. 🌸



Vivencias como alumna normalista en la Centenaria y Benemérita Escuela Normal para Profesores

Lina Guadalupe Morales González

Contemplando a esta muy querida institución educativa formadora de docentes, llegan a mi memoria los gratos recuerdos de mi vida normalista. Soy integrante de la Generación 1976-1981, me acuerdo del momento en que escuché mi nombre y verifiqué en la lista de aceptados que sería alumna de este plantel, fue un momento de ambivalencia (alegría – tristeza, angustia-firmeza) porque me encontré con algunas amigas que también querían estudiar ahí y no tuvieron la misma suerte que yo. Al ingresar a mi grupo nos ubicaron en el último patio (cerca de las bombas), nos sentíamos privilegiados por tener un lugar propio y alejado de los demás en donde jugábamos con una pelota improvisada de papel, o a los quemados, también nos dedicábamos a cantar mientras esperábamos el cambio de catedrático; siempre al llegar preguntaba alguien respecto a las tareas y si alguien no la llevaba se le ayudaba para que todos cumpliéramos. En una ocasión uno de los maestros nos mostró

como se hipnotizaba a la gente y cuando terminó la clase, varios compañeros pretendieron hacerlo, pero surgieron dificultades y ya no lo volvieron a intentar.

Las asignaturas que mayor trabajo costaba entender eran Matemáticas (álgebra y trigonometría) e Inglés (la pronunciación de enunciados y la traducción). Fuimos una generación muy inquieta y traviesa, como aquella ocasión en que a la maestra de Taller de Redacción (era chaparrita) le quitaron el banco que le permitía subir a la plataforma y escribir en la parte de arriba del pizarrón, se molestó un poco y nos hizo reflexionar respecto a la forma en que nos comportamos (que fue inadecuada), o cuando cerrábamos la puerta y no hacíamos nada de ruido para que el catedrático pensara que no había nadie y se fuera, pero cuando descubrieron el truco ya no nos benefició.

En las excursiones a las que asistimos era divertido bailar y cantar dentro del auto-



bús, siempre bajo la vigilancia de los profesores que nos acompañaban, quienes nos recordaban la buena conducta que deberíamos tener para cuidar el prestigio de la institución; fuimos a un balneario con los docentes de Filosofía y Biología, una salida de tres días a Guanajuato, el Cerro del Cubilete, Dolores Hidalgo y San Miguel de Allende con los catedráticos de Historia.

Cuando se organizaban tardeadas en el anexo escolar, de verdad se disfrutaban bailando y bailando, además de degustar lo que los puestos de antojitos mexicanos nos ofrecían; yo siempre asistí acompañada de mis padres a estos eventos y causaba tristeza el no tener oportunidad de bailar con los compañeros, ellos pensaban que no sabía bailar. Ocasionalmente se formaban círculos con las compañeras para disfrutar del baile, porque eran poquitos hombres y no alcanzaba para tener pareja.

Cada uno de los integrantes de la Generación 76-81 poseía sus propias habilidades y destrezas que se ponían en acción para participar de los diversos concursos que se organizaban en la Normal (canto, baile regional, ajedrez, baloncesto, fútbol soccer, etcétera), mientras que los hombres participaban en deportes nosotras participábamos en canto, poesía y baile regional. Llegué a admirar con gran respeto la voz tan privilegiada que posee Catalina (la sobrina de nuestra directora, en esa época) que ha sido siempre una persona muy sincera y sencilla al tratar con todos nosotros. Recuerdo a Tere Arce o a Elda Jaimes, a quienes les gustaba participar en baile folklórico,

mientras que a mí me gustó participar en canto, tanto así que pertenezco durante cuatro años al coro de la Normal y nos tocó grabar un disco con el Himno de Paz, bajo la dirección del profesor Alfredo Mendoza.

Los sábados con el profesor Múzquiz (de danza) era un agrado estar con él, ya que nos juntaba a los cuatro grupos para ensayar los pasos de diversas danzas, sobre todo cuando uno estaba en tercer grado, ya que nos tocaba participar como número principal de la ceremonia de la generación saliente. A nosotros nos tocó desarrollar bailables referentes a la Guelaguetza (Oaxaca), en especial participé con una danza ceremonial con traje de novia de las sandungas.

Nuestra convivencia con las compañeras internas era de camaradería, ya que les apoyábamos a facilitarles el escaparse del Internado para comprar materiales en la papelería “La Pantera” (para realizar el material didáctico) o para comer un helado, una torta o una rica tostada de mole que preparaba la señora Luchita, dependiente de la tortería de enfrente de la escuela (“El Cache”). Una ocasión en quinto grado nos dejaron un trabajo de agropecuarias para calificación de fin de semestre, y al disminuir el tiempo que se tenía para entregarlo, en el grupo optamos por solicitar permiso a nuestros docentes de donde practicábamos para no asistir al festejo del Día del Niño (incluso algunas internas) y nos fuimos a la Marquesa para recolectar de los diversos tipos de árboles las hojas y así cumplir con la asignatura, pero se enteró nuestra maestra de Didáctica, y al día siguiente nos visitó en el



salón la maestra Anita Valero, molesta nos llamó la atención porque hicimos quedar en mal a la institución y la sanción que nos dio fue el realizar un mes más de prácticas y a las internas las dejó fuera del Internado también por un mes; todos los externos del salón nos organizamos para darles un lugar donde estar, en mi casa se quedaron dos internas, cumplimos con la sanción gozando el estar en contacto con los chiquitines.

Al realizar nuestra práctica docente, ocasionalmente nos llevaban en el camión escolar o en otras ocasiones debíamos hacerlo por nuestros propios medios, que era cuando en los camiones se escuchaba un barullo porque éramos muy platicones. Los lugares a los que me tocó ir a practicar fueron a Tenango del Valle, la Primaria “Eudoxia Calderon”, el Centro Escolar “Miguel Alemán” y en la Primaria “Gustavo Díaz Ordaz”. Cuidábamos muchísimo la presentación y elaboración de los materiales didácticos para los niños (láminas hechas en terciopelo de tercera dimensión con orilla muy coqueta) a tal grado que las cajas de huevo las forrábamos y elaborábamos las carpetas para transportar dichos materiales. Nuestros compañeros hombres que tenían auto nos apoyaron siempre para llevarse dichas carpetas sin maltratarlas hasta las puertas de las escuelas en donde practicábamos. Forjamos amistades con lazos de unión entre los integrantes de la generación a pesar de que cada año nos cambiaban de un grupo a otro, apoyábamos a los compañeros que formaron parejas de novios para que existiera algo de tiempo que compartir y disfrutar solos.

En el servicio social, a nosotros nos tocó efectuarlo por Temoaya como alfabetizadora para gente adulta, siendo un verdadero acontecimiento porque nos teníamos que transportar en los llamados “guajoljets” que eran camiones foráneos que transportaban lo mismo gente que canastos, costales de frutas y legumbres o hasta animales (guajolotes, gallinas, borreguitos y/o cerditos). Varias veces nos mojábamos porque viajábamos de mosca o trepados en el toldo de dichos camiones, pues teníamos que llegar a dichas comunidades rurales. A mí me tocó en el Ejido de Dolores junto con ocho compañeros más e íbamos ranchería por ranchería convenciendo a las personas para que asistieran a la escuela sede y terminaran su primaria o para aprender a leer y escribir (siempre perseguidos por los perros que cuidaban a la gente).

Los valores que nos inculcaron nuestros catedráticos como la puntualidad, la responsabilidad, el respeto a sí mismo, a los demás y a las normas que rigen la buena convivencia entre ciudadanos, el desempeñar bien el trabajo con el firme propósito de cada vez mejorar, portar con gallardía el uniforme que nos identifica con la sociedad como gente de bien. Dicho uniforme era de lana y nos hacía padecer de frío o de calor extremo según el clima, mientras que los zapatos femeninos de charol, nos causaban estragos al finalizar los desfiles porque terminábamos sangrando de los talones. Sin demeritar a las demás generaciones, a la nuestra le tocó participar en bastantes desfiles y ceremonias, era un gran honor portar el banderín o ser miembro de la escolta y para



ello había concursos que mostraban la preparación y empeño puesto para ganar tal honor, a mí me tocó formar parte de las integrantes del banderín durante un año (en tercer grado).

Nuestros docentes siempre se distinguieron por ser muy profesionales en su área y poseer dignidad, cumplimiento del deber, respeto, seguridad, humanismo, entre otras virtudes. Con su ejemplo nos impulsaron y sembraron una semilla firme en toda la generación para ser mejores e ir escalando hacia mejores puestos de trabajo (directivos, supervisores, jefes de coordinación, etcétera). Algunos notables docentes fueron: Soledad M. de Méndez, Isaías Albarrán, Silvia Trujillo, Juana Rojas Araujo, Sonia Jaramillo, Rocío Márquez Páez, Edelmira Nava, Humberto Carro Perfecto, Ricardo Rivera, Beatriz Zárate, María Luisa Hernández, José Guadalupe Calderón, Rodolfo Múzquiz; Alfredo Mendoza, por mencionar algunos.

Como todo joven, nuestra generación resaltó por ser inquieta, activa, tenaz y firme en sus acciones, unidos tanto en las ocasiones tristes como en las grandes hazañas, en tener determinación para culminar nuestros estudios, desempeñar un excelente servicio social, elaborar y finalizar un magnífico trabajo de tesis, una preparación adecuada para presentar y pasar el examen recepcional e integrarnos al ámbito laboral docente con gran ahínco y seguridad en uno mismo. Ejemplo de lo anterior es que en el último año de normalistas, sólo dormíamos de una a tres horas, si bien nos iba, con tal de cumplir con todo. Fui una de las pocas personas que se tituló, presenté la

tesis “Cómo influye la disciplina que aplica el maestro en el aprovechamiento del alumno de la escuela primaria”, la cual sustenté el 28 de agosto de 1981, solamente acompañada por mi madre, logrando aprobar y disfrutar de una ceremonia especial.

De mi persona sólo puedo expresar que como estudiante obtuve una pensión mensual de parte del gobierno por mantener un buen promedio de calificaciones. La convivencia con los demás fue buena y me apreciaban por ayudar o explicar a mis compañeros lo que a ellos se les dificultaba en cada asignatura. Nuestra generación fue la primera que convivió durante cinco años y la que no contó con una fotografía que identificara a dicha generación (no se sabe la causa). A inicio de este mes de octubre de 2016, festejamos 35 años de egresados en una sencilla pero emotiva ceremonia, aquí en nuestra institución y al escuchar el repique de la campana afloraron los bellos recuerdos vividos en ella. No me resta más que agradecer la deferencia hacia mi persona para darles a conocer las vivencias del tiempo recorrido en tan bello colegio, no olviden tener siempre en mente el lema de esta Benemérita escuela “Educar es redimir”. ☼





Una mirada al pasado

Josefina Lugo Jaimes
Generación 1971-1974

Qué días aquellos cuando en nuestra querida Escuela Normal para Profesoras, nos llevaban a los grandes eventos que se realizaban en el Teatro Morelos, o en la Ciudad de México, a los conciertos en Bellas Artes. Qué felices éramos las internas, cuando nos daban la noticia de que saldríamos en el camión de la escuela para asistir a algún evento, los preparativos eran una gran fiesta, sacando el mejor vestuario del que disponíamos, las zapatillas, los intercambios entre compañeras del Internado, para lograr lucir mejor, los peinados de unas a otras, el maquillaje, probábamos los sacos, abrigos y accesorios necesarios y cuando por fin todas estábamos listas, debíamos pasar por la escrutadora mirada de la Jefa de Prefectas, doña Elvia, cómo olvidarla, si al faltar su anuencia era imposible asistir a estos memorables eventos.

Después de ser aprobadas en el arreglo, todo era júbilo, gritos y la algarabía que continuaba al abordar con las amigas el camión. Era notorio el anhelo de disfrutar a más no poder de ese viaje y del evento en cuestión.

¡Qué tiempos aquellos! Los que vivimos en el Internado, cuando nos reuníamos en

grupo para poder sentir la seguridad y protección de la amistad. Fue en aquellos días maravillosos cuando creamos un gran grupo que hasta la fecha sigue unido, la llamada “Tribu”, el cual formamos internas que veníamos de distintos municipios la mayoría alejados de la capital; esta Tribu propició el nacimiento de una gran amistad a prueba de todo, de la distancia, de las dificultades, del tiempo y sobre todo, del olvido.

Cómo no recordar cuando alguna de nosotras se enfermaba, si era encamada en la enfermería, las demás la visitábamos para que no se sintiera sola, haciendo patentes los lazos de amistad que nos unían.

La doctora nos revisaba, pero lo que más apreciamos fueron los cuidados de una mujer amable que mostraba visibles signos de artritis en manos y en pies ya deformes por la enfermedad. Ella debía calzar zapatos de tela para poder aguantar la jornada de pie y sentirse más a gusto. Sin embargo, a pesar de su enfermedad, nunca escuchamos una queja, nos daba atención y dedicación equiparable a la de una madre.

¡Ah, qué tiempos tan hermosos pasamos



en nuestras aulas, aprendiendo a enseñar a los niños! Recibimos muchos conocimientos, pero, sobre todo, un cúmulo de valores como el respeto, la amistad, la responsabilidad de cumplir los compromisos que adquiríamos. El compañerismo se reflejaba en la ayuda que recibíamos o que ofrecíamos para la preparación de materiales didácticos, planeaciones, investigaciones, tanto para las prácticas como para las clases que no dominábamos, eso era fantástico: ayuda mutua, sin restricciones, producto de la educación que adquirimos en la institución.

Y cuando después de las clases o al regreso de las prácticas el trajín terminaba y había un tiempo de tranquilidad, era parte de nuestra rutina el acostarse en las bancas a dormir, meditar en lo sucedido, o platicar con las amigas. Así transcurrió el tiempo de nuestra estancia en la Normal de Profesoras, el tiempo y los días corrieron casi sin sentirlos.

Cómo olvidar que todos los días con puntualidad escuchábamos el toque de la campana que nos llamaba tres veces. Al escucharla todas sabíamos que llegó el momento

de tomar el alimento: a las siete horas el desayuno, a las catorce horas, la comida y a las veinte horas, la cena. Entonces contábamos: 1, 2, 3, 4, 5, 6, 7, 8, y en muchos casos esperar a que llegaran dos compañeras, la 9 y 10, a quienes les tocaba atender la mesa (que se componía de diez comensales) para servir la fruta, el café, la leche y el pan en el desayuno y la cena, o en la comida la sopa, el guiso y el postre. En ese tiempo nadie quería ser la nueve o diez ni servir la mesa, por eso contábamos para que fueran otras las que sirvieran, pero finalmente nos llegó a tocar y lo hacíamos con comedimiento, si la suerte así lo había decidido.

Una mirada al pasado es lo que ahora nos mantiene unidas, fortaleciendo así la amistad forjada en las paredes de la hoy Centenaria y Benemérita Escuela Normal para Profesores.

Con la nostalgia del pasado, pero sobre todo la alegría de conservar la amistad de mis compañeras. 🌸





El abolengo Novohispano de Santiago Enríquez de Rivera (m. 1911)

Rodolfo Sánchez Arce

Santiago Enríquez de Rivera fue prefecto del Instituto, profesor de primaria, maestro de francés, socialmente fue en Toluca un hombre de rancio abolengo, por un rato intérprete de Maximiliano, abrió un colegio para niñas, y gracias a su prestigio fue nombrado primer director de la Escuela Normal para Profesores.

Durante los dos años al frente de la Escuela Normal, en el Archivo Histórico de la Institución existen evidencias de que participó en la elaboración del padrón solicitado por la recién creada Dirección General de Estadística (Ley de 26 de mayo de 1882), además de haber colaborado en la revisión de los reglamentos para las escuelas de la entidad.

En cuanto al normalismo, destaca el hecho de que su vida y obra se ajustan con las acciones emprendidas por el gobierno estatal para organizar el aparato educativo, y de haber coincidido en este aspecto con el trabajo de cuatro pedagogos más, hablamos de Agustín González Plata, Demetrio Hinojosa, Remedios Colón Herrera y Loreto Bustos, quienes también serían directores de la Normal,

respectivamente. Además fue autor de libros de texto e inspector de educación.

Pero lo interesante es que en muchos sentidos, Santiago Enríquez de Rivera fue heredero del siglo XVII novohispano, de aquellos profesores que para dar clase o abrir escuela hubiera sido legalmente aprobado sin recelo alguno por no ser negro ni mulato, menos indio, además cumplía con saber leer romance, y cartas misivas y procesos, y escribir las letras siguientes, redondillo grande, mediano y chico, bastardillo grande, de lo contrario y de haber ejercido hubiera sido multado con pesos de oro (véase Velasco, 1945).

En su columna titulada “De nuestro archivo” Carlos Argüelles relata que el profesor “Santiago Enríquez de Rivera nació en Toluca”. Afirma en su crónica que fue “descendiente consanguíneo de Fray Pedro Enríquez de Rivera, arzobispo de México y virrey de la Nueva España”, dato que también consignan las historiadoras Elvia Montes de Oca Navas y Trinidad Beltrán Bernal, al afirmar que fue “descendiente directo de Fray Payo Enríquez de Rivera [1622-1684], arzobispo de México



y virrey de la Nueva España [1673-1682]” (Montes de Oca y Beltrán, 1983: 9).

Entre 1870 y 1875 se casa con Matilde Hauville o Auville, hija de franceses, oriunda de la ciudad de Toluca y perteneciente a la buena sociedad toluicense; menciona Argüelles que con Matilde tuvo seis hijos de nombres Luis, Elisa, Emilia, Magdalena, Carlos y María.

Son tres hijos, los que hallamos consignados en el “Seminario de Genealogía Mexicana”. La primera, María Elisa Justina, nacida en Toluca en 1877 y bautizada en la parroquia del Sagrario; el segundo hijo es Luis, nacido en Toluca en 1880, y bautizado en la misma parroquia, ambos se casarían en la ciudad de México; la tercera es Emilia, nacida en Toluca el 7 de julio de 1881, quien muere en 1963 (Sanchiz y Gayol, 2014). Emilia llegaría a ser directora de la revista *El Hogar*.

Argüelles recoge el siguiente dato que transcribimos por su importancia y que puede dar razón de que para 1874-1875, la familia de Santiago radique en la ciudad de México:

Entre los antecedentes que tenemos en nuestro Archivo [UAEMéx], contamos: Caja 11, Exp. 486, el siguiente escrito, con un sello grabado con el águila real.- Para el bienio de mil ochocientos setenta y cuatro y setenta y cinco. Segunda clase.- Medio Real, Sr Prefecto: Santiago Enríquez de Rivera, Prefecto de estudios del Instituto Literario de esta ciudad; ante V. S. respetuosamente expongo: que habiendo tenido en estos últimos días varios cuidados de familia que me obligan a ir a México por ser ahí su punto de residencia. (Argüelles).

Por otra parte es sabido que muchos fue-reños de paso por la ciudad de Toluca han descubierta alguna belleza quedando prendados

de sus atributos para toda la vida. No dudemos que Santiago Enríquez de Rivera haya descubierto de este modo a Matilde Hauville, enamorándose profundamente hasta llevarla al altar, y que fuera este hecho el que hiciera de la ciudad de Toluca su segundo hogar.

Argüelles nos dice que Matilde Hauville muere el 10 de agosto de 1892 y Santiago Enríquez de Rivera muere en la ciudad de México, el 4 de febrero de 1911, habiendo dispuesto antes de morir que sus restos fueran incinerados y llevados a Toluca para ser depositados junto con los de su esposa.

La herencia de sangre de los españoles toluqueños era una, pero sus contrastes eran muchos, si bien los había ricos también los había pobres, unos peninsulares y otros criollos, los descendientes de hidalgos peninsulares se contaban con los dedos de las manos, siete; cuatro de ellos eran Adrián de Cerain, Juan José Sáenz, Antonio Tovar, José de Zea, y de entre 320 apelativos de españoles, mestizos y castizos, encontramos en el censo el de “Enríquez” y el de “Ribera” (Romero, enero-marzo 1985: 42-43).

Ninguno de los biógrafos llega a decirnos cuál fue la fecha del nacimiento de Santiago Enríquez de Rivera, puede ser que ésta sea posterior a la expulsión de los peninsulares y que date entre 1842 y 1845. La presencia de Enríquez de Rivera se aquilata aún más en un contexto local que se distinguía por ser una población analfabeta y una sociedad antilibresca.

De haber estudiado en Toluca, a mediados del siglo XIX, para ello existían escuelas



privadas. En 1851 en el Instituto Literario se abrió una escuela de primeras letras donde se enseñaba “a leer y escribir, doctrina cristiana..., catecismo político, aritmética comercial y compendio de gramática castellana”. Se asistía en ambos turnos y la disciplina era de lo más rígida: “eran obligados a comulgar una vez al mes, tener buena moral y conducirse con urbanidad” (García López, 2013: 30). Siendo aún muy joven ya se había convertido en profesor de francés y prefecto del Instituto Literario.

En el año de 1864, el Emperador Maximiliano decidió visitar Toluca, por su amplia cultura y por la importancia de su noble procedencia, fue comisionado Enríquez de Rivera para ser el intérprete acompañante del monarca, cuestión sumamente curiosa porque Santiago se había inclinado por las ideas liberales y a estas alturas estaban en él más que definidas.

Francisco Javier Gaxiola contextualiza ese ambiente de la Toluca de entonces como el “asiento de una falsa aristocracia rural que arraigada a sus tradiciones constituyó una serie de clanes por los frecuentes enlaces entre los miembros de las mismas familias”, las familias buscaban continuar “enquistadas en la tierra y con la necesidad de conservarla y de aumentar sus dominios” (Gaxiola, 1975: 16).

Además de que Santiago no podía negarse porque otra característica es que en la sociedad toluqueña coexistían “con el sombrero jarano, el *plaid* y los buenos caballos; el talento, la cultura y la inconformidad de una

clase media que se propuso perforar la película de esa falsa aristocracia”, sin embargo los recursos con que se oponían “...a las costumbres levíticas de los rancheros y a la tenencia de la tierra que aseguraba el poder político”, eran “los principios liberales, la filosofía de la Reforma y la necesidad del progreso” (Gaxiola, 1975: 16).

Aun así la vida que llevaban era en común. Al disciplinarse y obedecer las órdenes del presbítero Mariano Dávila para que recibiera a Maximiliano, Enríquez de Rivera adquiriría más prestigio del que ya tenía con las familias conservadoras de la ciudad. La recepción se llevó a cabo en la casa de Soledad Pliego, Casa del Risco, que se encontraba en la calle de 5 de febrero (Argüelles), sitio que fue por poco tiempo estancia de la realeza de Maximiliano, quien acabaría trágicamente sus días en el país.

A partir de entonces la vida de Santiago Enríquez de Rivera se vuelve meramente legendaria, en fin, y sin detrimento de su obra educativa trasciende de la visita de Maximiliano una alegre anécdota acerca de la personalidad de este personaje:

Allá por el año de 1864, don Santiago Enríquez de Rivera, hombre bastante culto, quien por aquella época era Prefecto de Instituto Científico y Literario y a la vez daba clases de francés, en el propio Instituto, pues dominaba perfectamente este idioma, fue citado por el Director del Plantel, porque estaba por llegar a Toluca el emperador Maximiliano y quería que don Santiago sirviera como interprete, ya que no había o no tenía otra persona capaz de traducir a S.M., mientras estuviera como real visitante en esta ciudad, y aunque el Sr. Enríquez de Rivera no era conservador, las circunstancias lo obligaban a aceptar esta posición.



Con este objeto, el buen maestro se esmeró en acicalarse lo mejor que pudo —no obstante que de por sí era una persona muy pulcra en el vestir— en esta ocasión se aderezó rigurosamente de “pipa y antejo”, se encasquetó su camisa de etiqueta, con su consiguiente cuello de palomita, su corbata de plastrón, su fistol de perla, su esmeradamente planchada levita, su pantalón rayado, sus recién estrenadas polainas grises y sus negros y acharolados zapatos; tocado desde luego, con el imprescindible sombrero alto de terciopelo sin faltar sus atusados bigotes largos.

Arreglado de esta forma se encaminaba al Instituto. Después de caminar dos o tres cuerdas se encuentra con una pareja, en la que el individuo le está propinando a la pobre una azotaina con exagerado entusiasmo.

Al ver esto, don Santiago Enríquez de Rivera, hombre que tenía el concepto de que a la mujer no se le debía de tocar ni con el pétalo de una rosa, se reviste de todo el quijotismo que lo personificaba y separando a la pareja, coge por la camisa al desventurado borrachín, asentándole un fuerte puñetazo que lo hace rodar por el suelo todo desmadejado.

Al ver esto la vapuleada mujer, olvidando lo mal parada que la había dejado el marido, se incorpora, se deshace del rebozo y agarrando un jarro de pulque que había dejado a la mano, lo levanta y con todo y supreciado contenido lo estrella en la testa del bueno de Don Santiago, dejándole su chistera como acordeón y bañado totalmente del “rico *neutle*”. En resumen, quedó el pobre como quelite hervido. Completando la mujer su denodada acción con la siguiente perorata:

—¡Roto desgraciado! ¿Quién le ha dicho que le pegara a mi marido? ¡Si él me golpea tiene todo el derecho de hacerlo y usted no tiene a que meterse en lo que no le importa!

Este fue el precio que recibió don Santiago como premio a su hidalguía. Todo corrido y aromatizado y con los bigotes humillantemente caídos, se alejó pensando posiblemente: ¿Tendrá la razón esta mujer? ¿Habré yo exagerado mi quijotismo?

De cualquier manera, con esta embriagante experiencia, seguro estoy que no se volvió a ofrecer como redentor en el resto de su vida. (Don Quieto, domingo 17 de febrero de 1980).

Ese mismo año, en 1864, Santiago Enríquez de Rivera pide licencia al rector del Instituto con el fin de separarse de sus cargos y

en la esquina de las calles de Libertad y Pedro Ascencio fundar una escuela particular de niñas con sección de preescolar y sección de primaria; esta escuela tuvo como alumnas a Refugio Albarrán, más tarde de Fernández y madre del que sería gobernador del Estado de México, Juan Fernández Albarrán; también fue alumna Adela Alas, más adelante esposa de Aurelio J. Venegas. Entre los profesores que atendían el plantel destacó el trabajo de María Luisa Ramírez Farfán, encargada de la sección de Párvulos (Argüelles).

Los datos acerca de su relación con la Escuela Normal para Profesores, si bien son escasos, son fundamentales, se reitera constantemente que fue el primer director de la Escuela Normal para Profesores, pero no se agrega más al respecto. El Lic. Francisco Javier Gaxiola en la *Gaceta del Gobierno* de 1908, al referirse a este plantel educativo, que en breve contaría con edificio propio, escribe que el “10 de abril de 1882 fue creada la Escuela Normal de Profesores y en el mes de mayo siguiente, quedó establecida, en un lugar anexo al Instituto Literario que antiguamente servía de capilla y en donde se celebró por mucho tiempo el culto católico”. Aclaremos que era un espacio prestado. Y se limita a decir que “... el primer director del establecimiento, lo fue el señor profesor don Santiago Enríquez de Rivera” (Gobierno del Estado de México, 4 de noviembre de 1908). Por su parte, Alfonso Sánchez García resalta el quehacer de “... este personaje, tan importante para la historia del normalismo” en lo que dice de él don Isauro Manuel Garrido



(Garrido, Isauro M., 1986: 53) “...al enumerar, muy a groso modo, la larga lista de catedráticos del Instituto de Toluca ‘Santiago Enríquez de Rivera, aprovechado profesor de francés y de instrucción primaria y autor de algunas obras didácticas de probado mérito’” (Sánchez, 1982: 44).

No cabe duda de que gracias a su linaje, y por la conveniencia de sus ideas liberales y conservadoras, además de su experiencia como profesor “...fue llamado por el C. Gobernador Lic. José Zubieta para ocupar el puesto de primer Director de la Escuela Normal para Profesores que funcionó en la capilla del beaterio del Instituto Científico y Literario de Toluca” (Montes de Oca y Beltrán, 1983: 9). Siendo el primero en ocupar el puesto, su nombramiento se haría con un protocolo formal, así el “...11 de abril de 1882 en el salón del Palacio de Gobierno del Ejecutivo del Estado” el gobernador “...tomó la protesta al C. Maestro Santiago Enríquez de Rivera y le dio posesión del cargo de Director de la Institución Normal que haría posible la formación de docentes de educación elemental y superior” (Montes de Oca y Beltrán, 1983: 9). En otros documentos encontramos el mismo dato por “...decreto de 10 de Abril de 1882 fue creada la ‘Escuela Normal para Profesores’ y en el mes de mayo siguiente quedó establecida en un local anexo al Instituto Literario” (Escuela Normal para Profesores, noviembre 1 de 1908). Éste anexo “antiguamente servía para capilla... donde se celebró por mucho tiempo el culto católico” (Escuela Normal para Profesores, noviembre 1 de 1908), nombrando

como primer director al profesor Santiago Enríquez de Rivera.

El puesto de Director de la Normal lo ocuparía de 1882 a 1884, en un espacio prestado por el Instituto Literario que se distinguía por lo “... antihigiénico de sus aposentos y la estrechez de ellos” (Escuela Normal para Profesores, noviembre 1 de 1908).

En estas circunstancias se suscitó el hecho de que un conserje golpeó a un alumno para castigarlo por su mal comportamiento, y para que la reprimenda fuera más severa se le encerró al muchacho en una covacha, cosa que causó molestia a las autoridades por lo insalubre del espacio que se utilizó para escarmiento del alumno:

La Junta Superior ha sabido con bastante desagrado que para la aplicación del castigo de encierro de los alumnos de la Escuela Normal para Profesores que es a cargo de U. se ha hecho uso de un local inconveniente y mal sano, y por este motivo en sesión de hoy se sirvió acordar se dirija a U. la presente, como lo verifico, para recomendarle que en ningún caso se haga uso de locales que perjudique la salud de los alumnos. Lo que comunico a U. para su inteligencia y cumplimiento, esperando su aviso de enterado. Independencia y Libertad. Toluca, agosto 25 de 1883. Dirigida al director de la Escuela Normal para Profesores. [Rúbrica]

En 1889, siguiendo las sugerencias del Segundo Congreso de Instrucción Pública, la Junta de Instrucción Superior “...convocó a los librereros editores de textos escolares, a producir libros especiales para el Estado de México que pudieran ser armados en los talleres de la Escuela de Artes y Oficios” (Martínez Moctezuma, 2013: 1630). En 1892 Santiago Enríquez de Rivera publica *Compendio elemental de geografía universal y de México* en



dos tomos. También estuvo brevemente al frente del *Boletín Pedagógico*:

En el número 17 (del 15 de marzo de 1895), hubo cambio de director, Agustín González Plata fue sustituido por S. Enríquez de Rivera, autor de varios libros de texto para la instrucción primaria utilizados en las escuelas de la entidad. A los pocos números, éste fue sustituido por el Ing. Rafael García Moreno, quien había sido redactor en jefe del boletín al inicio de su publicación. (Escalante Fernández, Carlos, 2013: 218).

Además de que fue inspector de instrucción pública en la entidad, para 1897 lo encontramos siendo Inspector General de Instrucción Pública en el Estado de Hidalgo. En 1898 escribe dos libros más *Higiene escolar y Manual de Educación*.

Referencias

Argüelles Enríquez, Carlos (junio, S. A.), Don Santiago Enríquez de Rivera, en *Universidad. Órgano Informativo*, núm. 47.

Don Quieto (domingo 17 de febrero de 1980), El simpar don Santiago Enríquez de Rivera, en *Rumbo*, vol. XII, núm. 4078.

Escalante Fernández, Carlos (2013), La higiene escolar en la prensa del Estado de México durante el gobierno de Villada, en *Experiencias educativas en el Estado de México. Un recorrido histórico*, Civera Cerecedo, Alicia (coord.),

Toluca, Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal, Colegio Mexiquense, pp. 213-243.

Escuela Normal para Profesores (noviembre 1 de 1908), en *La democracia*, núm. I.

García Gutiérrez, Rodolfo (1978), *Un poco del Instituto*, Toluca, Gobierno del Estado de México.

Garrido, Isaura M. (1986), *La ciudad de Toluca*, Toluca, Gobierno del Estado de México.

Gaxiola, Francisco Javier (1975), *Memorias*, México, Porrúa.

Gobierno del Estado de México (4 de noviembre de 1908), en *Gaceta del Gobierno*, vol. XXIV, núm. 37.

Martínez Moctezuma, Lucía (2013), Un país, una patria: lecturas de historia en el Estado de México, en *Experiencias educativas en el Estado de México*. Un recorrido histórico, Civera Cerecedo, Alicia (coord.), Toluca, Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal, Colegio Mexiquense, pp. 151-179.

Montes de Oca Navas, Elvia y Trinidad Beltrán Bernal, (1983), *Cien años de educación normal en el Estado de México a través de sus directores*, Estado de México, Instituto Superior de Ciencias de la Educación.

Romero Quiroz, Javier (enero-marzo 1985), Notas sobre Toluca Colonial, en *Altiplano*, vol. 1, núm. 4, 25-48.

Sánchez García, Alfonso (1982), *Primer Centenario del Normalismo en el Estado de México, Avance Histórico*, Toluca, Gobierno del Estado de México.

Sanchiz, Javier y Víctor Gayol (2014), Seminario de Genealogía Mexicana, en <http://gw.geneanet.org/sanchiz?lang=es>, actualización enero de 2014, consultada el 28 de septiembre de 2015

Secretaría de Fomento (1883), *Ley de 26 de mayo de 1882 que creó la Dirección General de Estadística y Reglamento de la misma Ley expedido en 10 de junio de 1883*, México, Secretaría de Fomento.

Velasco Ceballos, Rómulo (1945), *La alfabetización en la Nueva España*, México, SEP

Venegas, Aurelio J. (1990), *Guía del viajero en Toluca*, Toluca, H. Ayuntamiento. ☺





En recuerdo de la profesora María del Refugio Alejandre Tarello, destacada egresada de la Escuela Normal para Profesores de Toluca

Nancy Martínez Sánchez

Todos los días, antes de entrar a clase, corríamos por los enormes patios de la Escuela Primaria “Lic. Benito Juárez García” en espera del atento y disciplinado llamado a la formación de nuestra directora, la inolvidable “Maestra Cuquita”, quien con paso firme avanzaba por un corredor, cubierto de miradas expectantes de los niños y niñas, quienes, motivados por una respuesta, nos acercábamos con cierta sensación de atrevimiento, pero con la seguridad de que seríamos correspondidos con un saludo de la máxima autoridad de la escuela.

Al iniciar el día, con firmeza daba recomendaciones fundamentales, como esperando que sus palabras hicieran eco en nuestra actitud hacia la vida. Con inigualable ímpetu, nos hablaba con claridad sobre la importancia de la responsabilidad, con pasión nos invitaba a esforzarnos para alcanzar el éxito, y por supuesto, nos inculcaba las más brillantes ideas sobre la importancia de alcanzar los sueños.

Recuerdo con nostalgia, que el patio de

la escuela, se convirtió en un espacio para compartir nuestras ideas, puesto que impulsada por su incansable espíritu democrático, la hora de entrada era un momento fundamental para expresar nuestras opiniones o para conseguir adeptos a nuestro partido y ganar la presidencia de la sociedad de alumnos, puesto que, para ser parte de este selecto grupo de estudiantes, era necesario trabajar incansablemente para liderar las elecciones estudiantiles.

Esta parte de mi niñez, me remonta al privilegio de haber sido formada al muy peculiar estilo de la escuela activa, gracias a la labor incansable de una docente con gran trayectoria, formada en la entonces Escuela Normal para Profesores, la maestra María del Refugio Alejandre Tarello.

Pionera en uso de las Técnicas Freinet de la escuela moderna, guardó la esencia de esta corriente pedagógica al rescatar aspectos esenciales en la formación de los niños: su interés natural por explorar, observar y conocer



el mundo. Docente de gran vocación, dio prioridad al impulso de los procesos de aprendizaje, mediante la muestra ejemplar del dominio teórico y práctico. Su liderazgo como directora, hizo eco en las formas de enseñanza, pues los docentes a su cargo, eran dirigidos por una docente con gran conocimiento de su labor y prestigio por la trascendencia de su tarea.

Algunos de sus alumnos recordamos con cariño que la inolvidable Maestra Cuquita dispuso: no usar uniformes escolares, como una manera de respetar la individualidad del ser humano, el uso de una sola libreta para privilegiar el aprendizaje integrado, como una manera de mirar el conocimiento.

Los alumnos formados en una escuela liderada por la Maestra Cuca, conocimos la importancia de aprender para la vida, luchando por ser mejores ciudadanos y abanderar nuestra existencia a través de privilegiar el respeto hacia quienes nos rodean.

La escuela realizaba acciones de servicio a la comunidad, visitábamos orfanatos y casas de adultos mayores para sensibilizar sobre la importancia de poner en práctica valores como la solidaridad, responsabilidad, esfuerzo y gratitud.

Cómo olvidar el punto focal de su pedagogía, las técnicas de la escuela activa. Todos los niños esperaban con peculiar entusiasmo las clases Freinet, que consistían en visitas a contextos naturales que permitieran desarrollar la observación, el contacto con la naturaleza y satisfacer la necesidad de conocer, in-

herente a las características del niño y sus procesos de aprendizaje, que eran dominados a la perfección por la Maestra Cuquita, pues el dibujo y texto libres, el uso del diario escolar, eran modalidades de trabajo con las que favorecía un pensamiento integrado, organizado y crítico hacia el entorno.

Puso especial énfasis en el trabajo organizado por Jornadas con temas ligados a los principales problemas sociales, al convertir a la escuela en un espacio de discusión sobre la Paz, el Cuidado del Medio Ambiente y dando un espacio importante a la lectura y escritura. Visitábamos nuestra biblioteca, y digo *nuestra*, porque su disposición y organización invitaba a estar ahí, disfrutando de la lectura de los clásicos de Andersen o los hermanos Grimm, pero además, dispuso la organización de talleres complementarios dentro del horario de clase para aprender a cocinar, asistir al laboratorio y experimentar, aspectos que complementaban a la perfección una educación integral para sus alumnos. Por lo que ir a la escuela, era asistir a un mundo de aprendizajes, donde el centro de atención estaba puesto en los niños; incluso los festivales, eran sencillos y apegados a nuestras posibilidades, pues consideraba que *la vida auténtica es fondo y no forma*.

Sin duda, una docente de gran trayectoria, reconocida dentro del Estado de México, como pionera de la escuela moderna, de sobra está decir que fue ganadora de innumerables reconocimientos, porque su principal valor estuvo en el aula y como directora al frente de



la Escuela Primaria “Lic. Benito Juárez García”.

Hoy recuerdo con gran cariño a una maestra ejemplar, cuyas enseñanzas se han extendido al transcurso de una vida personal y profesional, a quien admiro por su trayecto-

ria como docente y espero que a través de estas palabras le conozcan las nuevas generaciones, una profesora que logró hacer eco en sus alumnos, quienes aprendimos que: *todos los sueños se pueden alcanzar y con fe, lo imposible se puede lograr*¹. ☺



María del Refugio Alejandre Tarello, fotografía de expediente de alumna en el Archivo Histórico de la Centenaria y Benemérita Escuela Normal para Profesores, donde la docente estudió.

¹ Fragmento de la canción “Sueño imposible”, que era tradición cantar al egresar de la primaria.



El Colegio Guadalupano*

Héctor Rodolfo Gutiérrez Becerril

Ésta es la historia de una Escuela con Internado Particular fundada en 1886 por el Profr. Ezequiel Pompeyo Portilla Becerril e inaugurada por el C. Gobernador del Estado de México Gral. José Vicente Villada en el año de 1900.



Prof. Ezequiel Pompeyo Portilla Becerril (1865-1930)

El Prof. Ezequiel Pompeyo Portilla Becerril, nació el 10 de abril de 1865, originario del municipio de Toluca. Hijo del Sr. Manuel Portilla y la Sra. Antonia Becerril. Contrajo nupcias con Ana María Rodríguez Estévez, procrearon ocho hijos: Carlos, Leopoldo, Concepción, Josefina Teresa Florentina, Ma. del Carmen, Alfonso, Ma. Luisa y Humberto. Cuenta la descendencia con 38 nietos, 82 bisnietos, 70 tataranietos y tres choznos.

De sus hijos siguió la carrera del Magisterio su hija Ma. del Carmen Portilla Rodríguez, reconocida docente en la ciudad de Toluca y a su vez tres hijas: Ana Luisa, Tayde y Carla Salazar Portilla, quienes realizaron sus estudios en la Centenaria y Benemérita Escuela Normal para Profesores.

Cabe mencionar que ocho nietas (seis de ellas cursaron sus estudios en la CyBENP) y tres bisnietas estudiaron en la Normal para Profesores de Educación Preescolar No. 3.

El profesor Ezequiel Pompeyo Portilla Becerril, a los 21 años de edad, con una gran vocación para enseñar, tuvo la aspiración de fundar una Escuela, “El Colegio Guadalupano”, del cual fue Director llegando a ser un destacado pedagogo.

* Investigación realizada en el Archivo General de la Nación, por el Lic. Héctor Rodolfo Gutiérrez Becerril.



El Colegio Guadalupano se funda en el año de 1886 y fue inaugurado por el C. Gobernador del Estado, Gral. José Vicente Villada, en el año de 1900.

Durante la Revolución y por las condiciones vividas en esa época hubo que cambiar el nombre de “Colegio Guadalupano” a “Instituto Portilla”.

El Colegio Guadalupano reunía todas las condiciones Higiénico-Pedagógicas Modernas, además de contar con un selecto personal docente y los espacios adecuados, creados y decorados de acuerdo a las áreas y los conocimientos que se impartían:

- Instrucción Elemental.
- Primaria Superior.
- Preparatoria conforme al reglamento del Instituto Científico y Literario del Estado.
- Escuela de Comercio.

Escuela en la que estudiaron quienes al paso del tiempo fueron destacados y brillantes ciudadanos, entre otros, por citar algunos el contador Enrique Laurent con un gran renombre dentro de su profesión, y don Juan Fernández Albarrán, destacado exgobernador del Estado de México.

El Instituto contaba con servicio de internado con alimentos, lavado y planchado de ropa interior y de cama.

Se contaba con un gran prestigio y un alto nivel académico de la Institución que él dirigía, ya que muchos “Exámenes recepcionales” de los alumnos, aparte de que se realizaban conforme a los Reglamentos Vigentes para las Escuelas oficiales y Particulares del Estado de México, se llevaban a cabo en las instalaciones del Instituto Científico y Litera-

rio “Porfirio Díaz” del Estado de México (Actualmente UAEM). Los resultados emitidos en las Actas de exámenes por el presidente del jurado, eran dirigidos al ciudadano secretario general de gobierno.

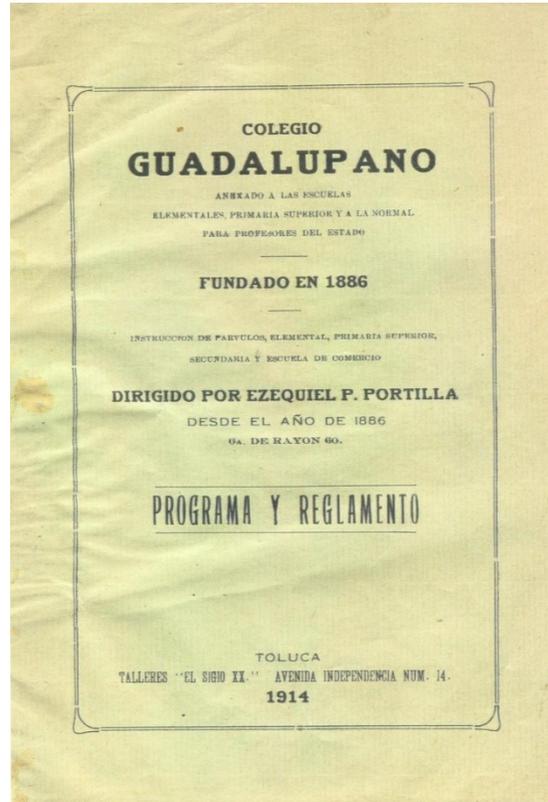
Simultáneamente a la creación de este Colegio se funda también la Escuela Nacional de Maestros, el 24 de febrero de 1887.



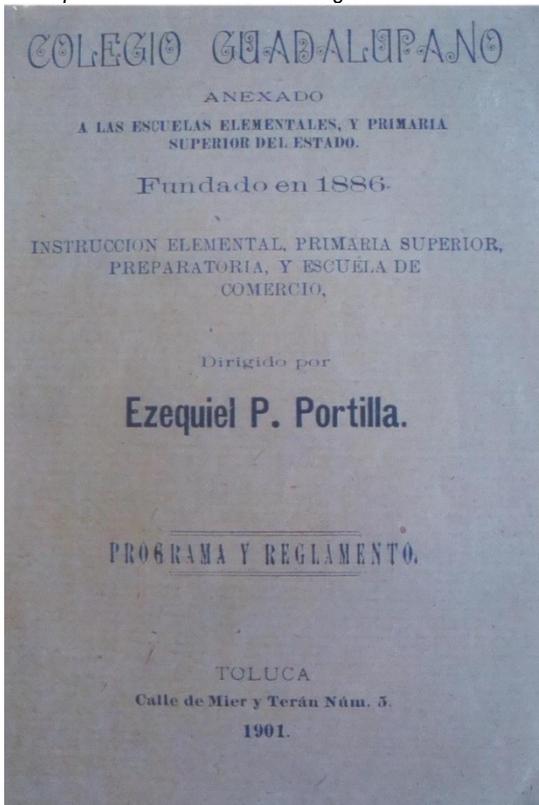
En la Fachada de cantera del Colegio Guadalupano, se encontraba un friso decorado con un monograma de la Virgen María.



El Colegio contaba con anexos como dirección, salón de actos, salón de dibujo, seis salones para clases, oratorio, gimnasio, sala, comedor, cocina, dormitorios, baños, tres patios, jardines, cubo para dos zaguanes y el campanario, como puede observarse en la fotografía.



Portada del Reglamento del Colegio Guadalupano Anexado a las Escuelas Elementales, Primaria Superior y a la Normal para Profesores del Estado.



El Reglamento incluía los siguientes aspectos:

- Obligaciones del Director
- Obligaciones de los Prefectos
- Obligaciones de los Profesores
- Obligaciones de los alumnos externos
- Advertencias a los internos
- Útiles de los internos
- Castigos
- Recompensas
- Honorarios
- Clases especiales
- Plan de Estudios
- Vacaciones

El PLAN DE ESTUDIOS estaba sujeto a los



programas oficiales del Estado.

Las materias que comprendía la enseñanza elemental y superior, eran las siguientes:

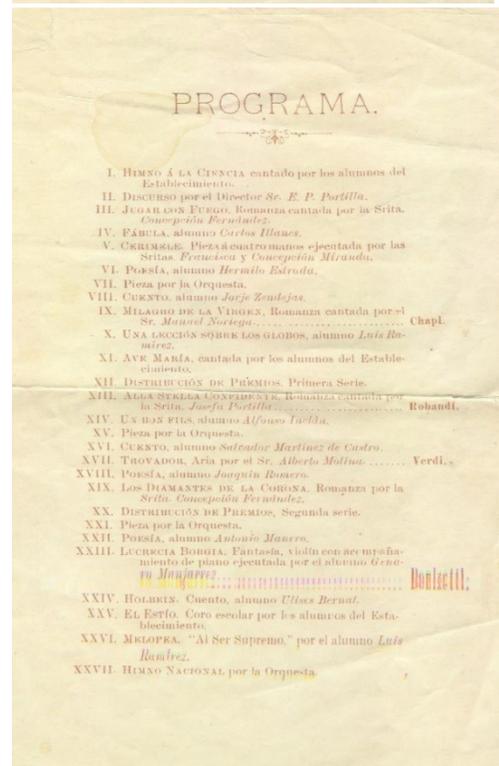
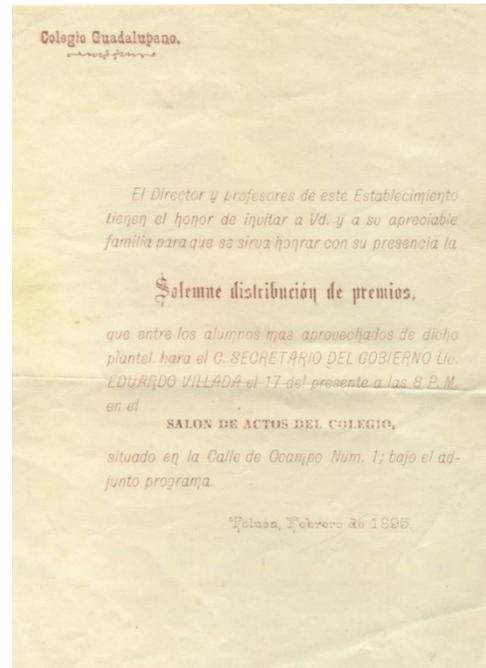
- I. Idioma patrio, incluyendo la enseñanza de la Gramática.
- II. Moral, Instrucción Cívica y Derecho usual.
- III. Aritmética razonada y Elementos de Contabilidad.
- IV. Ciencias Físicas y Naturales.
- V. Fisiología, Higiene y Medicina doméstica.
- VI. Geometría práctica, plana y en el espacio.
- VII. Geografía particular de México y generales de la Universal.
- VIII. Cosmografía.
- IX. Historia Universal y particular de México.
- X. Dibujo lineal y de ornato.
- XI. Caligrafía.
- XII. Trabajos manuales.
- XIII. Gimnasia de salón y con aparatos.
- XIV. Ejercicios Militares.
- XV. Canto.- Coros al unísono y en combinación con varias voces.
- XVI. Educación estética.
- XVII. Nociones de solfeo y teoría musical.

Estas materias se cursaban en seis años.

Las RECOMPENSAS dentro del Reglamento se refieren a las Notas de recomendación, boletos de aplicación, moralidad, aseo y asistencia. Siempre que el alumno llegara a reunir cien boletos recibiría un premio.

En los primeros días del mes de febrero había una SOLEMNE DISTRIBUCIÓN DE PREMIOS entre los alumnos que habían obtenido

la primera calificación, los cuales eran entregados en dicha ceremonia por el C. Secretario del Gobierno.



Ejemplo de una INVITACIÓN-PROGRAMA de la Solemne Distribución de Premios del Colegio Guadalupano en 1895 en la que asistió el C. Secretario del Gobierno Lic. Eduardo Villada.



A continuación veremos un PROGRAMA de la Solemne Distribución de Premios que se llevó a cabo en el Salón de Actos del Colegio el día 17 de febrero de 1895, a las 8 P.M., a la que asistió el C. Secretario del Gobierno Lic. Eduardo Villada.

PROGRAMA

- I. HIMNO A LA CIENCIA cantado por los alumnos del Establecimiento.
- II. DISCURSO por el Director Sr. E. P. Portilla.
- III. JUGAR CON FUEGO, Romanza cantada por la Srita. Concepción Fernández.
- IV. FÁBULA, alumno Carlos Illanes.
- V. CERIMELE. Pieza a cuatro manos ejecutada por las Sritas. Francisca y Concepción Miranda.
- VI. POESÍA, alumno Hermilo Estrada.
- VII. Pieza por la Orquesta.
- VIII. CUENTO, alumno Jorge Zendejas.
- IX. MILAGRO DE LA VIRGEN, Romanza cantada por el Sr. Manuel Noriega.....Chapi.
- X. UNA LECCIÓN SOBRE LOS GLOBOS, alumno Luis Ramírez.
- XI. AVE MARÍA, cantada por los alumnos del Establecimiento.
- XII. DISTRIBUCIÓN DE PREMIOS. Primera Serie.
- XIII. ALLA STELLA CONFIDENTE, Romanza cantada por la Srita. Josefa Portilla.....Robandí.
- XIV. UN BON FILS, alumno Alfonso Inclán.
- XV. Pieza por la Orquesta.
- XVI. CUENTO, alumno Salvador Martínez de Castro.

- XVII. TROVADOR, Aria por el Sr. Alberto Molina.....Verdi.
- XVIII. POESÍA, alumno Joaquín Romero.
- XIX. LOS DIAMANTES DE LA CORONA. Romanza por la Srita. Concepción Fernández.
- XX. DISTRIBUCIÓN DE PREMIOS. Segunda serie.
- XXI. Pieza por la Orquesta.
- XXII. POESÍA, alumno Antonio Manero.
- XXIII. LUCRECIA BORGIA. Fantasía, violín con acompañamiento de piano ejecutada por el alumno Genaro Manjares.....Donizetti.
- XXIV. HOLBEIN. Cuento, alumno Ulises Bernal.
- XXV. EL ESTÍO. Coro escolar por los alumnos del Estacionamiento.
- XXVI. MELOPEA. "Al Ser Supremo" por el alumno Luis Ramírez.
- XXVII. HIMNO NACIONAL por la Orquesta.

En la INSTRUCCIÓN SECUNDARIA se incluían: los idiomas Inglés y Francés, Latín, Raíces Griegas, Teneduría de Libros, Álgebra, Dibujo de la estampa y a la acuarela, Pintura, Pedagogía, Música vocal e instrumental, Telegrafía teórico-práctica (sistema nacional y americano) y Filosofía.

En relación con la ACADEMIA DE PROFESORES, todos los sábados, con excepción de los feriados, se reunían el Director y Profesores del Establecimiento, así como algunos profesores de colegios particulares, para tratar sobre lo que creían conveniente al mejoramiento, método y adelanto de los alumnos.



El Director Ezequiel P. Portilla y el Personal Docente



El Colegio Guadalupano se localizaba en un bello edificio en el número 202 de la actual calle de I. Rayón Norte, en el centro de la ciudad capital; en sus aulas formaban niños y jóvenes bajo estrictos preceptos morales y académicos que fueron cimiento del ilustre pensamiento de la época.



Departamento.- 2º año de Instrucción Superior.



Se observa en el aula de clases la aplicación de un examen, presiden los Miembros del Jurado, el Director de la Escuela y Padres de Familia.



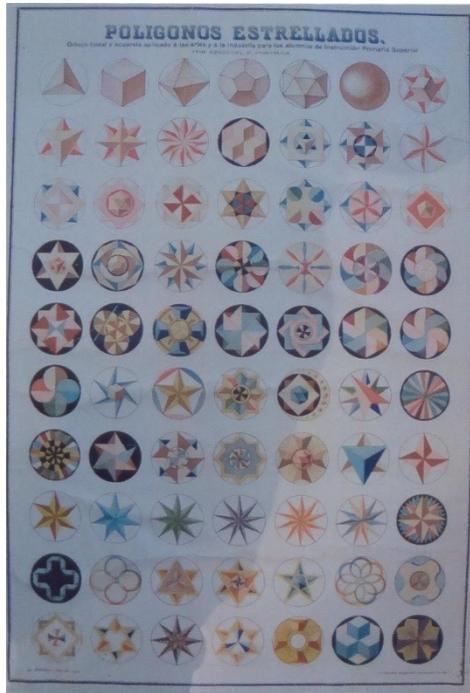
Un grupo de alumnos del Colegio Guadalupano acompañado de su Director Profr. Ezequiel P. Portilla Becerril y maestros catedráticos.

OBRA PEDAGÓGICA, legado del Profr. Ezequiel P. Portilla Becerril, brillante profesor y emprendedor en la educación de nuestro

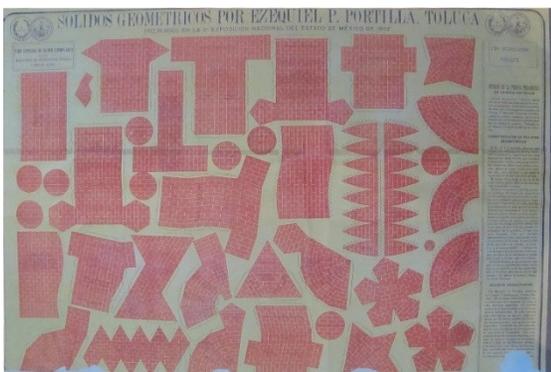


Estado, desarrolló entre otras cosas dos planos como apoyo didáctico en la enseñanza, los cuales fueron aplicados en diferentes instituciones de educación en todo el país. Uno de los planos es el de POLÍGONOS ESTRELLADOS, realizado en dibujo lineal y acuarela aplicado a las artes y a la industria para los alumnos de Instrucción Primaria Superior, y el otro el de SÓLIDOS GEOMÉTRICOS, premiado en la 2ª Exposición Nacional del Estado de México en el año de 1902.

Ambos planos fueron editados y patentados conforme a la ley.



Polígonos estrellados, 2ª edición, año de 2013.



Sólidos geométricos, 12ª edición, año de 1923.

ASPECTO POLÍTICO. El Profr. Ezequiel P. Portilla, además de dedicar su vida a la familia y 44 años a la educación, dedicó parte de ella a la política, y es así, que el 5 de enero de 1891 es nombrado en Cabildo, Miembro de la Junta Patriótica de la Capital del Estado de México.

Fue Vicepresidente de la “Comisión de Recepción a Don Francisco I. Madero” en la Capital del Estado de México, el 30 de septiembre de 1911.

Presidente del Partido Democrático Progresista del Estado de México.

Co-fundador del Partido Constitucional del Estado de México.

Mecenas y Coordinador de la Campaña Presidencial de Don Francisco I. Madero en los Distritos electorales de Toluca, Ixtlahuaca, El Oro, Sultepec, Tenancingo, San Felipe del Progreso y Zinacantepec.

Proyecta y también actúa como Patrocinador, en los distritos antes mencionados, en la campaña Presidencial del Gral. Álvaro Obregón.

El Profr. Ezequiel P. Portilla, preocupado por la educación, envía diferentes escritos al Gral. Álvaro Obregón —depositados posteriormente en el Archivo General de la Nación—. Entre ellos destaca el escrito enviado con fecha del 12 de mayo de 1922, en el cual menciona: LA NECESIDAD DE “IMPLEMENTAR” LOS LIBROS DE TEXTO BÁSICOS A PARTIR DE LAS APORTACIONES TÉCNICO-ACADÉMICAS DE CATEDRÁTICOS MEXICANOS, dada la situación económica del país y de los costos que los libros norteamericanos y europeos tenían para los alumnos y catedráticos.

El Profr. Ezequiel P. Portilla no sólo



pensaba en torno a las escuelas elementales, sino incluso para las escuelas secundarias y media superior.

Demostrando una vez más su interés por lograr beneficios a través de este aspecto político en beneficio de la sociedad y la educación.



Compañeros y amistades dentro del ambiente de la política.



Con autoridades y empleados del H. Ayuntamiento de Toluca.



Con el C. Alvaro Obregón en Tenango del Valle Edo. de México el 15 de diciembre de 1919.

Al reconocer su labor y entrega a la Educación, el nombre de “Profesor Ezequiel Pompeyo Portilla” le fue asignado a la calle que comunica al Fraccionamiento la Floresta, Delegación de San Mateo Otzacatipan, Municipio de Toluca. El Centro de Educación para la Atención de Jóvenes y Adultos (CEAJA), turno vespertino, C.C.T. 15EBA0900M, ubicado en Quintana Roo Sur No. 409, Col. La Merced, Toluca, Estado de México, lleva el nombre de “Profr. Ezequiel P. Portilla”.

El Profr. Ezequiel P. Portilla Becerril, falleció el 8 de mayo de 1930, dejando huella en la historia a través de su dedicación a la educación y los conocimientos vertidos en todos aquellos alumnos suyos, realizando un gran legado de obra pedagógica. Como todo hombre que trasciende íntegro, productivo y emprendedor, dejó en un buen número de discípulos un sentimiento profundo con su partida, dejando muchos amigos, compañeros y familiares que le respetan y reconocen su excelencia profesional a favor de la educación en el Estado de México y la Ciudad de Toluca.



